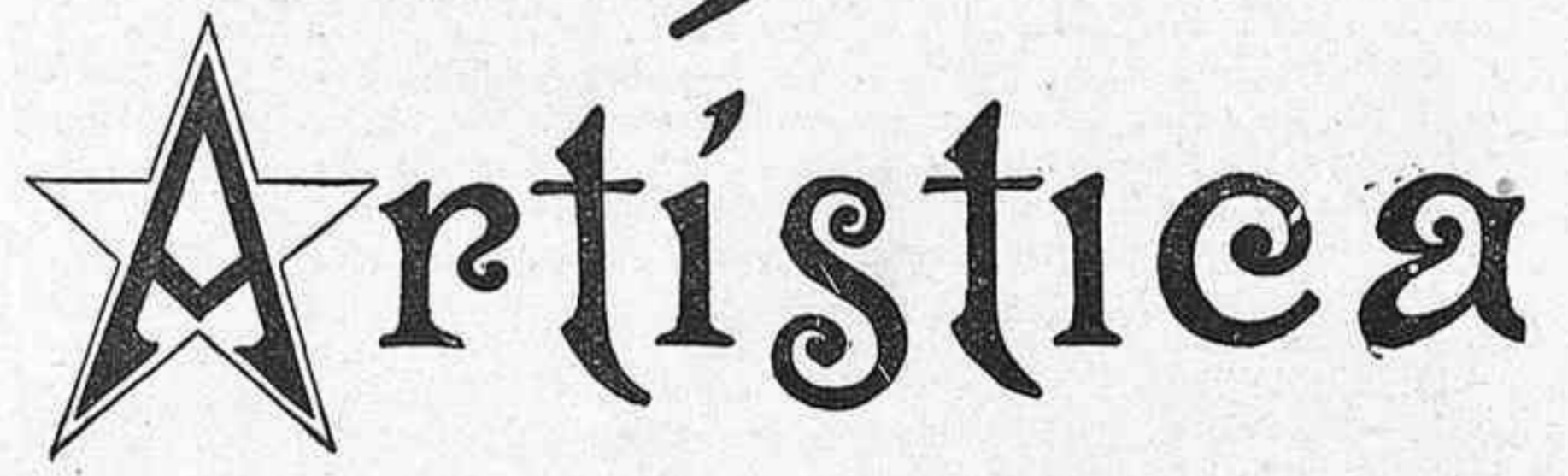
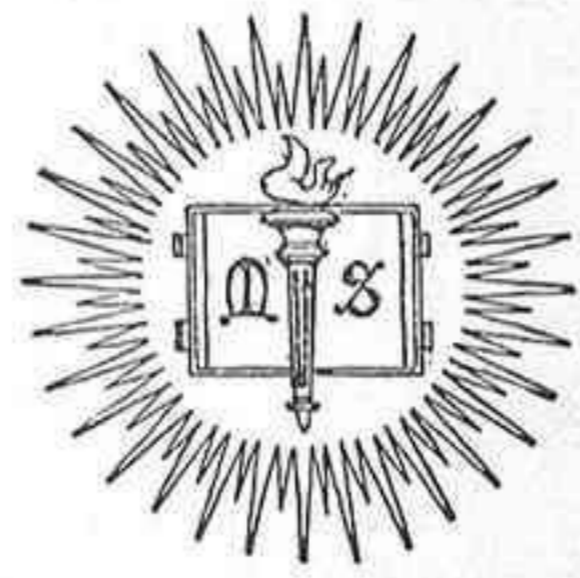


La Ilustración Artística



Año XXXII

BARCELONA 3 DE NOVIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.662

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1913



DOS BUENAS AMIGAS, cuadro de Luciano Gros

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

SUMARIO

Texto. — *Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Ocios de Cupido*, por Magdalena S. Fuentes. — *Barcelona. La Asamblea en pro de las Mancomunidades*. — *París. La conferencia internacional de la hora*. — *Monumento a Santos-Dumont*. — *De Marruecos. Notas de actualidad*. — *Barcelona. Exposición de crisantemos*. — *París. Exposición de crisantemos*. — *París. El XIV Salón del Automóvil*. — *Gil de Claircœur* (novela ilustrada; continuación). — *Johannisthal (Alemania)*. — *La catástrofe del dirigible de la marina de guerra «Zeppelin L. 2»*. — *Barcelona. Los diputados provinciales catalanes en el «Institut d'Estudis Catalans»*. — *Libros*. — *El primer buque de guerra que empleará como combustible el petróleo*.

Grabados. — *Dos buenas amigas*, cuadro de Luciano Gros. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Ocios de Cupido*. — *Barcelona. La Asamblea en pro de las Mancomunidades* (cuatro fotografías). — *París. La conferencia internacional de la hora* (tres fotografías). — *Monumento a Santos-Dumont*. — *De Marruecos. Notas de actualidad* (cinco fotografías). — *Busto modelado por Gendron*. — *El antro de la hechicera*, cuadro de Alejandro Bersani. — *El beso*, tríptico de Alizard. — *Exposición de crisantemos en Barcelona y París*. — *París. El XIV Salón del Automóvil*. — *Johannisthal (Alemania)*. — *La catástrofe del dirigible de la marina de guerra «Zeppelin L. 2»* (tres fotografías). — *Barcelona. Los diputados provinciales catalanes visitando el «Institut d'Estudis Catalans»*. — *El superdreadnought «Queen Elisabeth»*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

México: tirantez de relaciones diplomáticas con el gobierno de los Estados Unidos de América; la guerra civil; la intervención y los buques de guerra extranjeros; la Junta de reclamaciones; la vitalidad económica del país; los gastos para la pacificación; la instrucción pública; la fiesta de la raza en las escuelas. — **Panamá:** el canal interoceánico y el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico; exposiciones y congresos en Sevilla, en Panamá y en San Francisco de California; España en Panamá. — **Perú:** la situación financiera.

La versión oficial del estado del país en las repúblicas hispanoamericanas nos la da siempre el mensaje o informe que los presidentes leen o presentan al respectivo Congreso o Asamblea Legislativa Nacional.

En el informe que leyó el presidente de los Estados Unidos mexicanos el 16 de septiembre último, al abrirse el tercer período de sesiones del XXVI Congreso de la Unión, dolíase el general Huerta de la lucha fratricida que desangra a la República, pero más aún de la tirantez de relaciones diplomáticas con el Gobierno de los Estados Unidos de América, que había puesto a México en la expectación universal, le habían hecho sufrir más de un quebranto que no merecía por semejante causa y retardaba la completa y definitiva pacificación de la República.

El Gobierno mexicano esperaba ver solucionada muy pronto la diferencia que tenía en suspenso la buena amistad que de antiguo unía a México con aquel poderoso vecino. En cuanto a la guerra civil, también confiaba en que no tardaría en terminar, gracias a los esfuerzos del glorioso ejército federal.

De entonces a hoy han transcurrido casi dos meses, y aun no están realizadas las esperanzas de Huerta. El Gobierno de Washington, con su actitud poco amistosa y su afán de imponerse por medios más o menos indirectos, continúa dificultando la pacificación, y ésta de día en día parece muy lejana, la guerra civil no cesa, extensas comarcas y poblaciones importantes caen en poder de los adversarios de Huerta, y las hordas de forajidos indios y mestizos siguen cometiendo toda clase de excesos, y encubren sus codicias y malos instintos presentándose como defensores o partidarios de tal o cual caudillo, algunos de los cuales ni siquiera representan ideal o solución política determinados.

Víctimas de esta sangrienta discordia son nacionales y extranjeros, y las cosas pueden llegar a tal punto que se justifique una intervención, no ya de los Estados Unidos, que no son más que uno entre tantos, sino de todos los gobiernos a quienes alcanza el deber y el derecho de actuar en defensa de la hacienda y de la vida de los naturales del respectivo país que residen en territorio mexicano.

La acción ya está iniciada, y a ella alude el presidente Huerta. A los puertos de México llegaron buques de guerra extranjeros para proteger, en caso necesario, a los ciudadanos o súbditos de las potencias que resolvieron la vigilancia naval por el estado de inseguridad que se supone consecuencia de la revolución. Formuló protesta la Secretaría de Relaciones Exteriores, recordando que las leyes del país previenen que los buques de guerra extranjeros no puedan permanecer más de un mes en aguas territoriales. Mas la protesta o advertencia no debió surtir efecto, y el Senado de la República autorizó la permanencia de dichas naves más tiempo del previsto, siempre que su estancia no entrañara un ataque a la dignidad o soberanía de México. Dicha autori-

zación se limitó al plazo de seis meses, contados desde el 25 de abril último.

El plazo ha cumplido el 25 de octubre. ¿Siguen los tales buques en los puertos mexicanos? Su presencia en ellos significa por lo menos el firme acuerdo de los respectivos Estados de exigir indemnización por los daños causados a los suyos. Así lo comprendió el Gobierno mexicano, que propuso el establecimiento de una junta o comisión formada por hombres de negocios y por abogados escogidos entre los más notables del país a fin de que, sujetándose a los principios generales de equidad y sin formulismos jurídicos, resuelvan las reclamaciones pendientes de los extranjeros perjudicados que residen en la República, decidiendo en un término perentorio todas las demandas por los daños y perjuicios resentidos, sin que sus resoluciones establezcan precedentes.

En el informe presidencial a que vengo refiriéndome, aparece una vez más demostrada la gran vitalidad económica de México. La marcha seguida durante el año 1912-1913 por las dos fuentes principales de ingresos ordinarios del Erario federal, que son los impuestos sobre el comercio exterior y la renta del Timbre, puede dar idea de la situación económica del país.

De los datos consignados en el informe resulta que los impuestos sobre el comercio exterior durante el año fiscal pasado produjeron 5.700.000 pesos más que en el año anterior. Los productos ordinarios de la renta del Timbre alcanzaron un aumento efectivo de 500.000 pesos. Advierte Huerta que la dificultad en las comunicaciones, producida por el estado anormal del país, ha hecho que hayan quedado fuera de la concentración de cuentas algunas de las oficinas recaudadoras de la República, y por ello puede asegurarse que la recaudación de las Aduanas y de las oficinas del Timbre ha sido superior a la ya conocida.

Claro es que los gastos han sido muy superiores a los de períodos precedentes, y se calcula que una vez terminada la formación de la cuenta del Tesoro resulte déficit, o por lo menos queden equilibrados los gastos normales con los ingresos también normales.

En cuanto a los gastos anormales o extraordinarios, sábase ya que durante el año 1911-1912 se invirtieron 49.800.000 pesos en la llamada «pacificación del país», es decir, en la guerra civil. Al comenzar el año fiscal 1912-1913 quedaban en el Erario 55.200.000 pesos, que al inaugurarse la actual administración, se habían reducido a poco más de 33.000.000. Con esto, pues, había y hay que atender a los gastos del personal y material del ejército puesto en armas para pacificar la República, ejército que a mediados de septiembre último constaba de 188 generales, 1.081 jefes, 5.537 oficiales y 84.895 hombres de tropa, con 23.071 caballos y 10.409 acémilas.

Es nota muy satisfactoria la de los esfuerzos que se hacen para difundir y mejorar la instrucción pública. Se han creado escuelas de varios grados, y, haciendo valer razones pedagógicas de importancia, se ha limitado mucho el uso de los libros de texto: en las escuelas primarias elementales no hay más libro que el necesario para aprender a leer; en las superiores no ha de haber más textos que los estrictamente indispensables. Esto requiere profesores muy bien preparados; maestros que enseñen, y no maestros que tomen la lección o den conferencias.

Consignaré también que como un homenaje al descubridor de América, y para estrechar las relaciones que deben existir entre la Madre Patria y los pueblos hispanoamericanos, se ha dispuesto que en todas las escuelas nacionales se celebre el 12 de octubre como fiesta de la raza.

* *

Ya está roto el istmo de Panamá. Gentes extrañas a nuestro pueblo y a nuestra raza han llevado a cabo la empresa que idearon españoles del primer tercio del siglo XVI, y no puedo menos de recordar conceptos que expuse no hace muchos años en un discurso académico. Durante aquel siglo la inteligencia española produce ideas e inventa proyectos de capital importancia para los progresos de la ciencia y para el mayor bienestar de la vida humana desde el punto de vista material o económico. Pero el desarrollo y complemento de esas ideas, las últimas consecuencias de las reformas o proyectos que iniciamos, paralizan, o no se alcanzan, o se perfeccionan y completan más allá de nuestras fronteras. Y así, lo que empezó con la genuina marca española, acaba siendo extranjero. Es este un hecho de que hay ejemplos varios en la historia del pensamiento

español. Entre nosotros surgió la idea madre de inventos que luego nos vinieron de tierra extraña y como cosa ajena a la raza española. Nos falta la perseverancia, la tenacidad que otras gentes tienen, o no hay aquí ese ambiente de solidaridad nacional o étnica, en el que cuaja y se consolida y como obra común se considera trabajo, empresa o descubrimiento que pueda dar gloria y provecho a todos.

La terminación de las obras y la apertura del Canal interoceánico coinciden con la época en que se cumple el cuarto centenario del descubrimiento del mar del Sur. A la vez hay y habrá exposiciones, congresos y actos solemnes dedicados a conmemorar la empresa heroica de Vasco Núñez de Balboa y demás españoles del siglo XVI, y a celebrar la empresa científica, financiera y mercantil de los yanquis del siglo XX.

En Madrid la Real Sociedad Geográfica y en Barcelona la Casa de América han tenido en el día 25 de septiembre de 1913 brillantes sesiones conmemorativas del descubrimiento que hizo Vasco Núñez el 25 de septiembre de 1513.

En Sevilla y en el día 25 del actual mes de noviembre se abrirá la Exposición histórico-americana, instalada en la antigua Casa de Contratación, hoy Archivo de Indias, y en la que se exhibirán documentos referentes al descubrimiento, conquista y colonización de América. En el mes de abril de 1914, se celebrará el Congreso hispanoamericano de Historia y Geografía al que han sido invitados gobiernos, corporaciones y personalidades de España, Estados Unidos, América hispana y colonias o dominios europeos en América. La participación de Sevilla en estos actos terminará con la gran Exposición hispanoamericana de 1916.

En Panamá y en el día 3 de noviembre de 1914, se inaugurará una Exposición nacional que tendrá por principales objetivos enaltecer y honrar la memoria del ilustre descubridor del Océano Pacífico, robustecer los lazos de unión y amistad que existen entre Panamá, su madre patria España y los países hermanos de América, y exhibir ante el mundo los recursos naturales, las industrias, el comercio y la civilización de la República del Panamá. La Exposición permanecerá abierta hasta el 30 de abril de 1915.

Quieren los panameños que durante la Exposición sea España su huésped principal y procurarán — según declara el ministro de Fomento de la República — el mayor esplendor de la representación española, así en el orden material, como en la influencia moral que debe ir ejerciendo entre los pueblos latinos de América. Aspira Panamá a convertir la Exposición en un Museo Comercial permanente, donde habrán de exhibirse las riquezas naturales e industriales de América y Europa, y en tal sentido trabajará para que España construya un edificio sólido que pueda seguir siendo el Museo industrial, artístico y mercantil de nuestra nación en aquella parte de Centroamérica.

Finalmente, la República de los Estados Unidos de América tomará parte en este ciclo de solemnidades y certámenes con una Exposición internacional titulada Panamá-Pacífico que se celebrará en el 1915 en la ciudad de San Francisco de California.

* *

Importantes cuestiones de orden interior y exterior preocupan a los gobernantes peruanos; pero entre todas, a juzgar por los mensajes presidenciales de este año (julio y septiembre), la cuestión financiera es la que más solicita la atención del Sr. Billinghurst, actual presidente de la República.

Muchas obligaciones y compromisos gravitan sobre la Hacienda pública del Perú, y es necesario de todo punto liquidar situaciones difíciles, que entorpecen el desarrollo de las industrias y obstruyen el camino de la prosperidad nacional. Esto sólo puede conseguirse pagando las deudas, y para ello hay que acudir al empréstito. Podrá ser este procedimiento todo lo antieconómico y censurable que se quiera, pero es también evidente que sobre tales consideraciones prevalece la necesidad positiva y absoluta de pagar las deudas contraídas, cuando éstas no pueden saldarse ni con el producto de las economías ni con el importe de las contribuciones, porque no hay que olvidar que los intereses de las deudas recargan más los impuestos y éstos empobrecen a los contribuyentes.

Un empréstito de 6.600.000 libras peruanas al 6 por 100 para el pago de todas las deudas de plazo vencido, y a la vez un régimen de la más severa economía; éstos son los remedios propuestos por el Presidente de la República.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

OCIOS DE CUPIDO, POR MAGDALENA S. FUENTES, dibujo de Tamburini



Teresiña avanzó por las ocultas y perfumadas sendas...

El sol doraba el alegre caserío de Cintra, oculto coquetonamente entre las frondas; refulgían las viejas chimeneas del palacio árabe cual dos enormes gorros de mago y la reidora claridad iba penetrando en la espesura de los bosques, en los entoldados jardines desbordantes de perfume y color, en las escondidas y trepadoras sendas que asaltan la fantástica *Sierra de la luna*.

Los cocheros apostaban los carruajes junto a la diminuta estación, los eléctricos esperaban inmóviles la llegada del tren, y los mansos *burriños*, la tradicional cabalgadura de las excursiones portuguesas, brindaban sus lomos ornados de jamugas y de sillas de cuero.

En la obscuridad del túnel parpadeó una pupila roja; un humo azulado brotó de las fauces de la rasgada montaña; el tren se detuvo y el andén fué invadido por una multitud alegre, dominguera, en que aleteaban flotantes velos y se distinguían exóticos tocados de viaje. Los guías rodeaban a los extranjeros con asfixiante solicitud ofreciendo el landó para ir a Monserrat o a Collares, el burriño para subir a Pena, el guía para ascender al castillo de los moros, para visitar el palacio de los antiguos reyes, para otear por la montaña.

Junto al eléctrico pomposamente rotulado *Cintra a Océano*, un muchacho sujetaba pacientemente dos burriños. Varios compañeros habían demandado su cooperación para complacer a un grupo de caprichosas inglesas que exigían la cabalgadura típica de Cintra; pero el rapaz se había obstinado en su aislamiento.

— Los tengo alquilados; perdonen *vuestras excelencias*.

De pronto sus ojos centellearon bajo el *barrete* verde que caía con picaresca gracia a un lado de su cabeza; aproximóse a la salida de viajeros y se dete-

vo con timidez junto a una jovencita grácil y delicada, un capullo de estufa, que buscaba salud y alegría en las domingueras excursiones campestres. Junto a ella un señor vulgar, un burgués mediocre, sonreía bonachonamente de todo, de la aglomeración de viajeros, de la tibia mañana que brindaba alegría y sosiego a su fiesta semanal y fuerzas y oxígeno al delicado organismo de su Teresina. A poca costa cabalgó sobre el rucio más corpulento y abriendo su paraguas, que como buen lisboeta utilizaba indistintamente para el sol y la lluvia, se dispuso a partir, mientras la niña, apoyando su piecico sobre la pierna del muchacho, saltó sobre el manso animal, que comenzó a trotar hostigado por los golpecitos del pilluelo, que esgrimía la flexible rama de un arbusto. Eran buenos amigos el burriño y la niña; hacía dos domingos que le montaba y obedecía ya a su dulce voz más que a la silvestre fusta del muchacho. Debía resultarle grata y ligera su carga, casi tanto como breves y dichosos eran para el guía aquellos domingos en que la jovencita de Lisboa cabalgaba alegremente al través de los bosques, mientras él la seguía extasiado...

Aquel día la excursión era a Pena y comenzaron a subir siguiendo el sendero florido, entoldado por frondosa bóveda. Las quintas que dejaban atrás parecían encantadas mansiones y por las vallas y verjas de los jardines se desbordaban guirnalda de rosas y de mirtos, tapices de jazmines y heliotropos.

Un ambiente voluptuoso, tibio, retardaba la marcha. De pronto una voz de encántada senda. Teresa miró con agradecimiento a su guía, que entonaba una de las canciones más populares en Lisboa:

«Margarida vae a fonte
vae enche a cantarilha...»

y entre las frondas iluminadas por un sol espléndido, la voz vibraba con encanto arrobador y sugestivo.

— Un *fado*, murmuró la jovencita mimosamente, ¿sabes alguno?

¡Que si sabía! Precisamente uno de una *menina* como ella..., todos los días lo cantaba, todos, desde que la había conocido... Y para rebatir su incredulidad, comenzó casi a media voz, mas con expresión ardiente que hizo enrojecer a la chiquilla:

«Acorda minha Thereza...»

como un susurro, con apasionada cadencia siguió entonando las estrofas impregnadas de poesía, y en sus labios trémulos la petición amorosa del *fado* adquiría embriagadora intensidad. Teresiña, roja cual los geranios que bordaban la verja de un jardín, contemplaba al guía con arrobamiento, adivinando por vez primera el candente anhelo que palpitaba en el *fado* y que parecía transmitirle el rapaz con sus miradas.

La puerta que separa el sendero de la antigua posesión regia los detuvo; el guarda les franqueó el paso y hasta el picadero continuaron en las cabalgaduras. Rechazando los servicios de nuevos guías, se internaron en la floresta; el burgués se acomodó sobre el césped, desdobló pausadamente *As Novidades* y comenzó a leer. Teresiña avanzó por las ocultas y perfumadas sendas; su trajecito claro y vaporoso idealizaba su figura insignificante, vulgar; el muchacho, tostado, selvático, parecía bronceada y genial escultura.

— La fuente de los amores, murmuró como un eco de su misión de guía.

Mas algo extraordinario y nuevo debió de vibrar en este nombre, mil veces repetido, porque acercándose a la joven insistió con ímpetu ardiente:

- La fuente de los amores..., ¿quieres beber, Teresa?

- No, en la de los *pasariños*, respondió ella turbada.

Y riendo sin saber de qué, se internó en la floresta de camelias.

La espesura de aquel extraño vergel aparecía nevada a veces por las camelias nítidas, otras sangrienta por la expansión de las corolas rojas y el suelo tapizado de pétalos caídos recibía avariento los preciados despojos de las ramas. Avenidas de rododendros en flor conducían al templete octágono, que oculta la fuente de los *pasariños*. Teresa se dejó caer sobre el asiento de azulejos y contempló embelesada los pajarillos de mármol que hundían sus finísimos picos en la transparencia del agua. El rapaz se tendió a sus pies, apoyó la obscura cabeza sobre el pilón y con la inconsciencia del éxtasis permaneció largo rato absorto ante la joven. Después, tímidamente al principio, y anheloso, impaciente,

según rompía diques la verdad y brotaban de sus labios cual tumultuoso alud sus esperanzas, sus ensueños, habló vagamente de amor..., de ilusiones. Su voz, aquella voz que ella elogiaba, era un don, un tesoro que poseía inconscientemente, como los ruiseñores de las selvas. Sin duda de tanto escucharlos había aprendido sus trinos..., pero lo cierto, lo indudable, era que sorprendía a cuantos le escuchaban y que una antigua dama de la reina le había augurado un brillante porvenir. En el próximo invierno cantaría en su palacio y era seguro que ella, tan bondadosa, tan artista, costearía su educación..., cantaría en San Carlos..., ¡en San Carlos!, y llegaría a ser rico como otros muchos cantantes salidos de

templete, destruyó el hechizo, ahogando la ingenua sinceridad de la niña, y el burgués, enojado, sudoroso, interrumpió acremente el idilio. Su espíritu rudimentario se inquietó inconscientemente al presentir que algo inaudito y poético flotaba en torno de la sorprendida pareja; mas incapaz de aquilatar matices psicológicos, desenvolvió un paquete de *queixadas*, la golosina tradicional de Cintra, y se las alargó a Teresa con insistente prosaísmo, fustigando al muchacho con la realidad, brutal como nunca:



Barcelona. Asamblea en pro de la Mancomunidad celebrada en el palacio de la Diputación el día 24 de octubre último. La presidencia

- Tú, rapaz, a la puerta, a cuidar de los burriños.

Llegó otro domingo; una semana de ascensiones más o menos lucrativas no habían fatigado al rapazuelo y con los primeros destellos de luz corrió a engalanar el borriquito que Teresa montaba. La tarde anterior había robado nítidas camelias, y pacientemente fué recamando de flores los arreos del pollino. Uno tras otro fueron surgiendo los trenes del obscuro túnel, mas los esperados viajeros nunca llegaban. Las camelias se iban marchitando, el sol abrasaba sus pétalos, que perdían su intensa blancura y, por fin, el chicuelo, desanimado, triste, regresó a su hogar con las ilusiones tan marchitas como las camelias del burriño. Y así otro domingo... y otro...

muy lentamente, regresaba a su pobre casita, contemplando con desconsuelo infinito las marchitas flores que una vez más había robado para ella.

BARCELONA

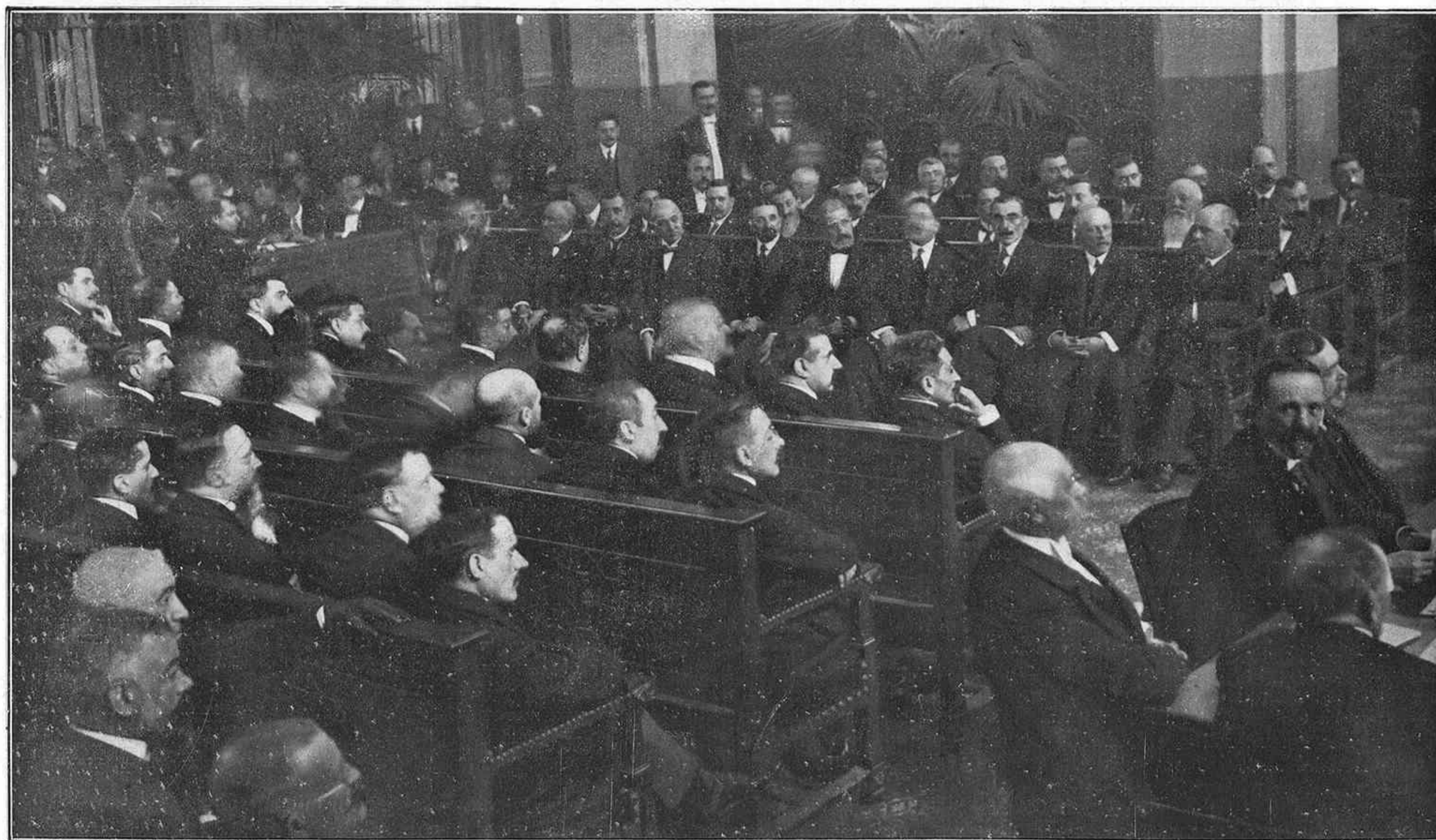
LA ASAMBLEA EN PRO DE LAS MANCOMUNIDADES

El día 6 de octubre último, los presidentes de las cuatro diputaciones provinciales catalanas reunidos en el palacio de la Diputación de Barcelona, antiguo palacio de la Generalidad de Cataluña, acordaron convocar a los diputados provinciales, diputados a Cortes y senadores de la región a una asamblea magna, que se celebraría el día 24, para pedir a los poderes públicos la pronta aprobación del proyecto de ley de Mancomunidades.

Apenas lanzada al público esta convocatoria comenzaron a recibirse entusiastas adhesiones al acuerdo

adoptado por los cuatro presidentes: ayuntamientos, corporaciones científicas, artísticas, literarias, mercantiles e industriales; sociedades políticas y recreativas, entidades de los más diversos caracteres, parlamentarios y políticos de todos los partidos, y personalidades de todos los estamentos e individuos de todas las clases sociales asociaron con entusiasmo a aquel llamamiento, no siendo aventurado afirmar que Cataluña entera, en solemne plebiscito, se ponía al lado de quienes habían hablado y pedido en nombre de ella, y en nombre de ella querían seguir pidiendo y hablando.

Desde las primeras horas de la mañana del día 24 la plaza de San Jaime ofrecía el más hermoso aspec-



Barcelona. Asamblea en pro de la Mancomunidad. - Los senadores, diputados a Cortes y diputados provinciales

la nada. Entonces, si Teresa se acordaba aún de él, si le quería siquiera un *bocadito*, ¡ah, entonces!., y cogiendo con delirante exaltación las manos de Teresa, pedía una esperanza con su mirada ardiente, una promesa con sus trémulos labios.

Vaga sombra, proyectada sobre el pavimento del

Sus compañeros se burlaban despiadadamente, mientras él, resignado, impasible, esperaba viendo secarse las domingueras flores sobre su asno; y sólo cuando la niebla impregnaba las frondas de tenue y perfumada humedad, envolviendo las ruinas del castillo de los moros y las policromas torres de Pena, lenta,

to: las fachadas de la Casa de la Ciudad y de la Diputación provincial estaban ricamente adornadas y en los balcones de las casas, todos con colgaduras, ondeaban al aire más de cien banderas y estandartes en ellos depositados por sociedades políticas, artísticas y de cultura. Al mediodía, y mientras cele-

braba su sesión la Asamblea, presentóse una manifestación de 2.000 estudiantes que, después de aplaudir y vitorear delante del palacio de la Diputación, fué a depositar en la Casa de la Ciudad las enseñas de las facultades.

A las diez y media comenzó la Asamblea que se celebró en el histórico salón de San Jorge, espléndidamente adornado, ocupando la presidencia el presidente de la Diputación provincial de Barcelona, D. Enrique Prat de la Riba, quien tenía a su derecha a D. José M.^a de España, presidente de la de Lérida, al diputado a Cortes por Tarrasa, D. Alfonso Sala y al Sr. Cabanyes, secretario de la Diputación de Tarragona, y a su izquierda a los presidentes de las diputaciones provinciales de Gerona y Tarragona, D. Agustín Riera y D. José Mestres, a D. Manuel de Bofarull, senador del Reino, al marqués de Villanueva y Geltrú, diputado a Cortes, y a D. Joaquín Cabot, secretario de la Diputación provincial de Barcelona. El resto del salón lo ocuparon los diputados provinciales de las cuatro provincias catalanas, los senadores, diputados, exsenadores y exdiputados por Cataluña.

Después de leídas por el Sr. Cabot la convocatoria y por el Sr. Cabanyes las adhesiones a la Asamblea, pronunciaron entusiastas y patrióticos discursos los presidentes Sres. Prat de la Riba, Riera, España, Mestres; los diputados provinciales Sres. Rovira y Agelet, por Lérida; Olesa, por Tarragona; Bas-

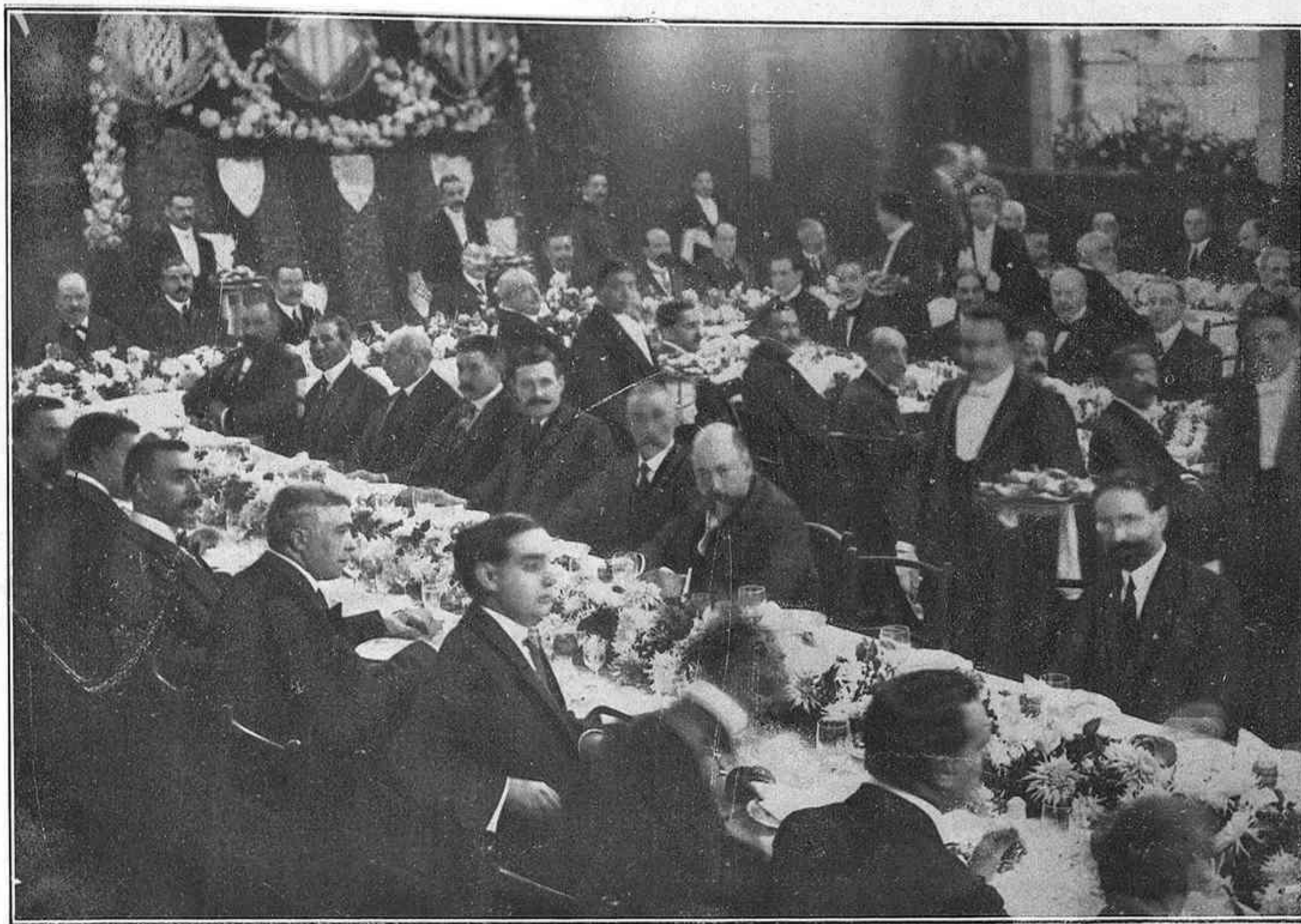
tardas, por Barcelona; Caneda, por Lérida; Valentí y Camp, por Barcelona; y los Sres. Marqués de Marianao, senador del Reino, Micó, y Verdager y Ca-

30.000 personas, representación de todos los partidos, de todas las clases sociales y de todas las comarcas de Cataluña. Todas las casas del trayecto estaban engalanadas; las tiendas hallábanse cerradas y en las calles una multitud inmensa presenciaba el paso de los manifestantes saludándolos con aplausos atronadores. Al llegar la manifestación a la plaza de San Jaime, el presidente de la corporación provincial de Lérida leyó desde el balcón principal de la Diputación los acuerdos adoptados por la Asamblea, que fueron acogidos con una ovación larga y estruendosa.

Por la noche dió el *Orfèu Català* en el Palacio de la Música Catalana un concierto dedicado a los asambleístas y cuyo programa se componía de las mejores obras de los compositores catalanes Clavé, Morera, Millet, Manén, Nicolau, Sánchez Marrao y Cumellas.

Al día siguiente, los asambleístas visitaron el Instituto de

Estudios Catalanes, la Universidad Industrial y la Casa de Maternidad y Expósitos, pudiendo admirar la organización y el funcionamiento perfectos de estas tres instituciones de tan distinto carácter que la Diputación provincial barcelonesa patrocina y que tan alto ponen su nombre no sólo en nuestra patria, sino en todo el mundo. El propio día fueron obsequiados los asambleístas por nuestra corporación provincial con un espléndido banquete que se celebró en el Tibidabo. (Fotografías de A. Merletti.)



Barcelona. - Banquete con que el Ayuntamiento obsequió a los miembros de la Asamblea en pro de la Mancomunidad

llís, diputados provinciales por Barcelona. Terminados los discursos, que fueron muy aplaudidos, la ponencia redactó las conclusiones que habían de ser entregadas a los senadores y diputados, pasando luego todos los asistentes a la Asamblea a las Casas Consistoriales, en cuyo Salón de Ciento obsequióles el Ayuntamiento con un espléndido banquete.

Por la tarde efectuóse la manifestación, que fué grandiosa, imponente; presidíala el Ayuntamiento, con la bandera de la ciudad, y componíanla más de



Barcelona. - La grandiosa manifestación en pro de la Mancomunidad en la plaza de San Jaime

PARÍS. — LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE LA HORA

Recientemente se ha celebrado en París la Conferencia internacional de la hora, cuya sesión inaugural presidió el ministro de Instrucción Pública Sr. Barthou y a la que han concurrido delegados de casi todos los Estados de Europa.

En la segunda sesión, que fué presidida por el Sr. Darboux, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, votóse por unanimidad el convenio internacional para la creación de una Asociación internacional de la hora, que se compondrá de los quince delegados de los gobiernos que toman parte actualmente en la Conferencia, y cuyo comité residirá en París. El convenio terminará en 31 de diciembre de 1920; pero la Asociación se reserva el derecho de prorrogarlo.

Los estatutos disponen que la Asociación tiene por objeto la unificación de la hora mediante la transmisión de señales radiotelegráficas u otras, ya se trate de señales científicas de alta precisión, ya de señales ordinarias que respondan a las necesidades de la navegación, de la meteorología, de la sismología, de los ferrocarriles, de los correos y telégrafos, de las

La hora será transmitida automáticamente primero desde el Observatorio de París a la torre Eiffel y luego desde ésta a todas las estaciones receptoras. La elección de la torre Eiffel para la comunicación de la hora es

debida a su gran potencia transmisora que permite proyectar desde ella ondas hertzianas hasta Washington y hasta el centro de Africa.



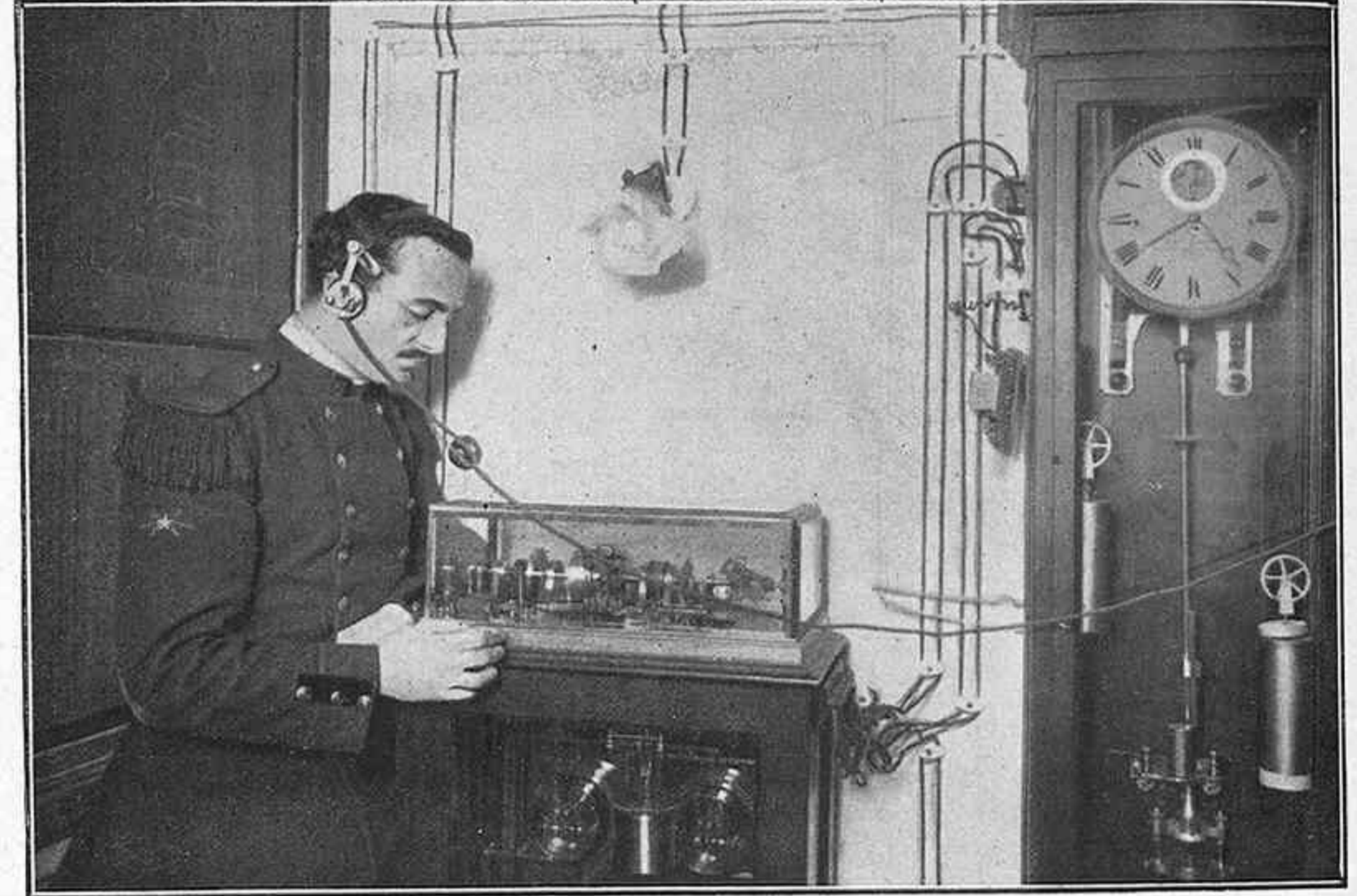
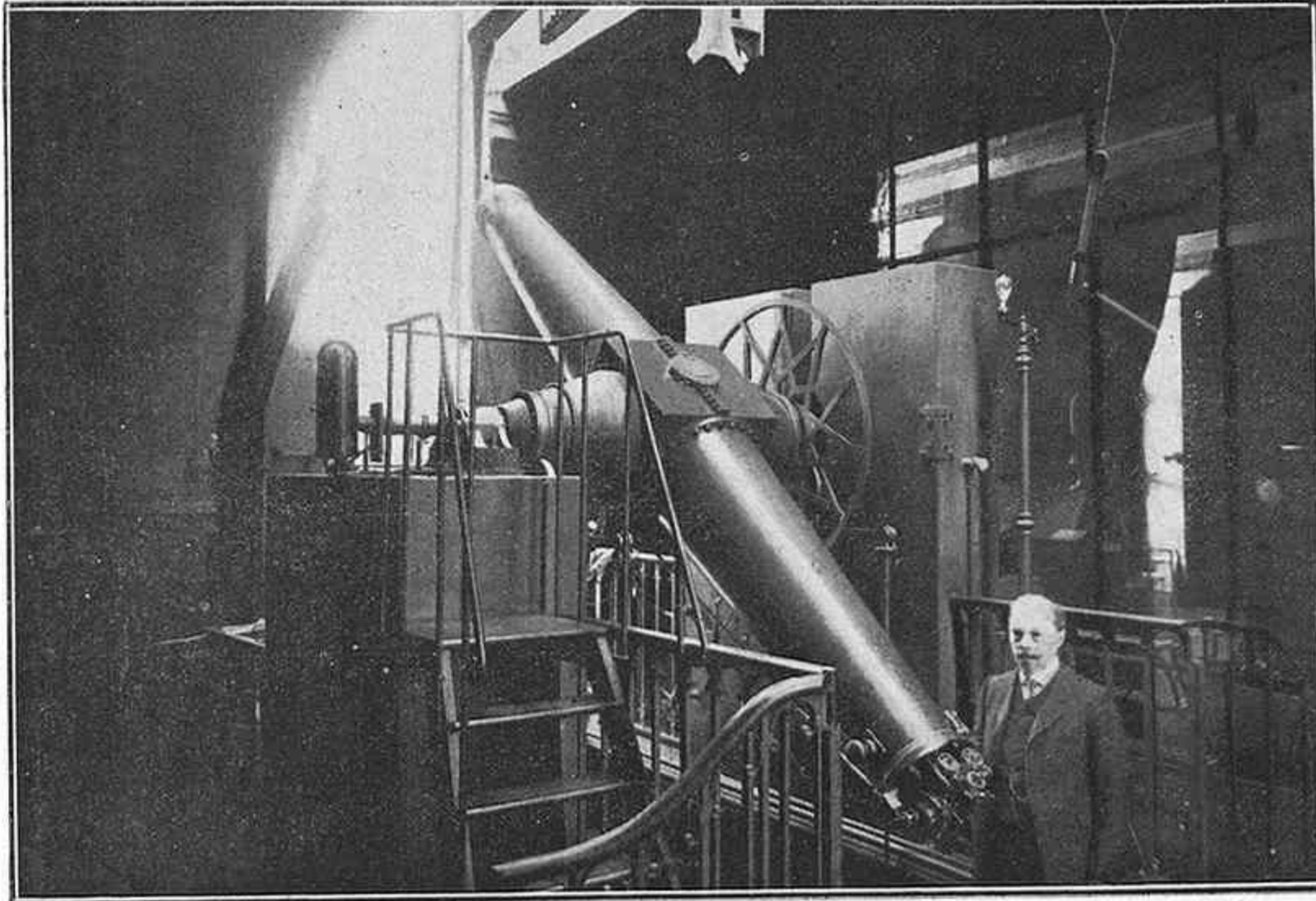
París. — Una sesión de la Conferencia internacional de la hora. (De fotografía de Harlingue.)

MONUMENTO A SANTOS-DUMONT

En la plaza de la Passerelle, de Saint-Cloud, en el mismo sitio en que, hace doce años, efectuó sus primeros vuelos Santos-Dumont, se ha inaugurado, el día 19 de octubre último, el monumento que el Aero-Club de Francia ha erigido en honor del precursor de la aviación.

El monumento es sencillo e imponente; consiste en un bloque de granito, en el que hay un medallón con el busto de Santos-Dumont, y sobre el cual se alza un genio alado, el Genio del Aire, debido al célebre escultor Collin.

El acto de la inauguración fué presidido por León Barthou, que ostentaba la representación del presidente del Consejo de Ministros, y pronunció un elocuente discurso, haciendo a grandes rasgos la historia de la aviación, y entregó a Santos-Dumont las



Telescopio meridiano que sirve para determinar la hora por el paso de las estrellas. — Aparato que determina automáticamente las señales horarias. (De fotografías de Harlingue.)

administraciones públicas, de los relojeros, de los particulares, etc. El Sr. Baillaud, director del Observatorio de París, será director de la oficina internacional de la hora.

En un banquete que se ofreció a los delegados extranjeros, el ministro de Obras Públicas Sr. Thierry pronunció un notable discurso en el que saludó a los miembros de la Conferencia en nombre del gobierno y dijo, entre otras cosas:

«Para los profanos, nada hay tan misterioso como la noción del tiempo. En lo sucesivo, esta hora inaprehensible que huye sin cansarse, que precipita los días después de las noches y los años después de los meses y forma la sucesión innumerable y fugitiva de los siglos pasados, que corren siempre hacia la sucesión indeterminada de los siglos futuros, será fijada por París. Cuando suenen las diez de la mañana en nuestra torre Eiffel, las ondas hertzianas os lo comunicarán, y todo el universo sabrá que el sol está ya alto en el cielo de la Isla de Francia. Y cuando a medianoche darán sus doce campanadas nuestros relojes, pensaréis en este París nocturno tan brillante, iluminado por las lámparas eléctricas y que comienza a vivir cuando el París de la ciencia y del trabajo se ha dormido ya. Dos veces al día también, el puerto alemán de Nordeich alternará sus comunicaciones con París.»

insignias de comendador de la Legión de Honor. El Sr. Soreau, vicepresidente del Aero-Club, hizo entrega del monumento a la municipalidad de Saint-Cloud, cuyo alcalde lo aceptó pronunciando sentidas frases de gratitud.

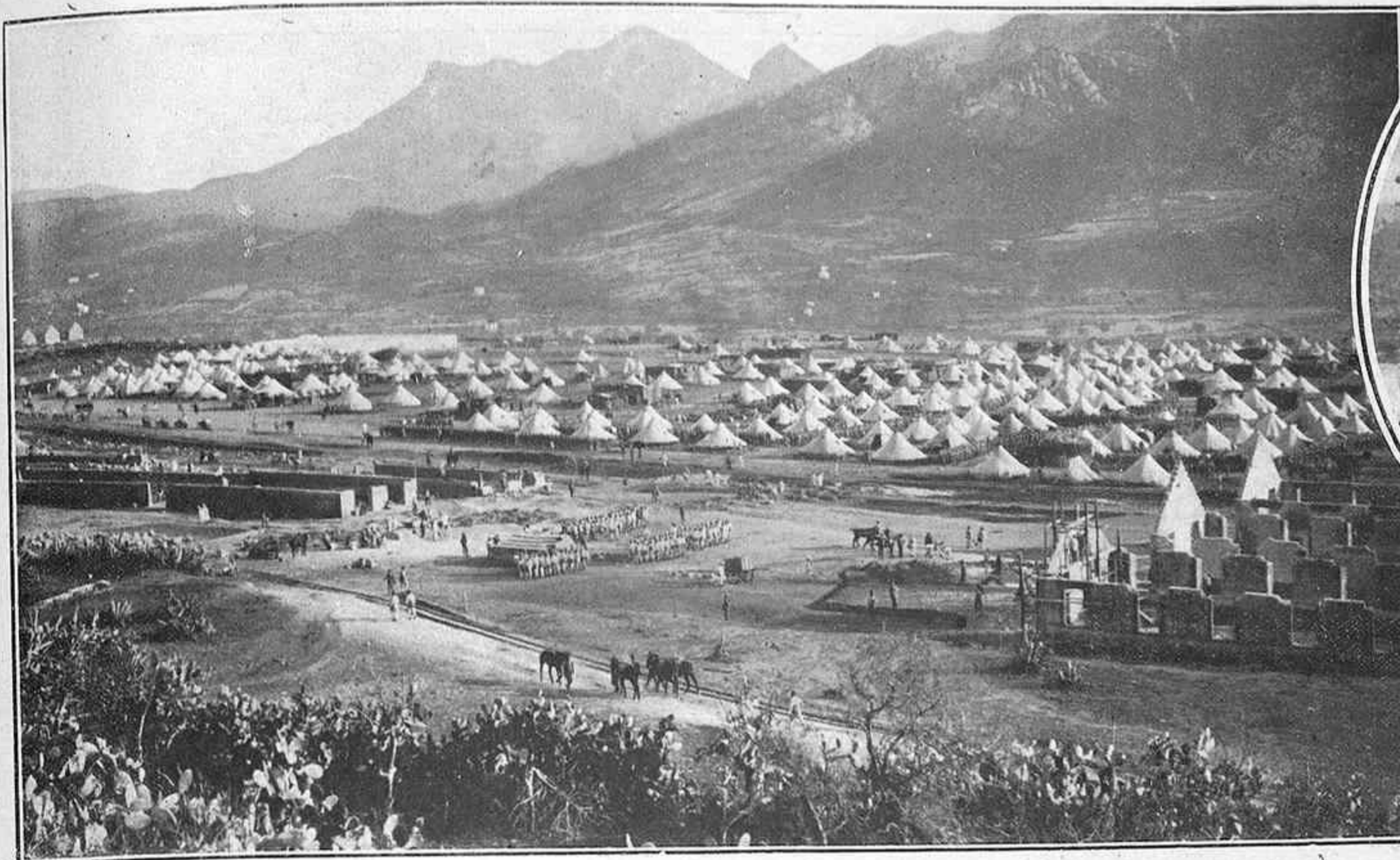
Hablaron también el ministro del Brasil Sr. Olinto de Magellán y Santos-Dumont, quien agradeció el homenaje que se le tributaba y declinó los méritos que se le atribuían en el Aero-Club, que había creado el estímulo indispensable; en los constructores y trabajadores que le habían ayudado; en la prensa francesa que le había animado en los momentos difíciles; en la ciudad de París que tanto contribuyó al buen éxito de sus empresas, y en la población de Saint-Cloud. «Por un extremo de delicadeza que le agradezco infinitamente, dijo, el municipio de Saint-Cloud ha querido que ese genio alado emprenda su vuelo no lejos de mi primer campo de ensayos. Deseo que se considere este monumento no como un homenaje tributado a un hombre, sino como el símbolo de la idea que sólo Francia podía hacer triunfar. ¡Señoras, señores, gracias! ¡Gracias a París, a la Francia hospitalaria! ¡Gracias a todos doy con mi corazón emocionado y agradecido.»



Monumento erigido en Saint-Cloud a Santos Dumont, el precursor de la aviación, e inaugurado el día 19 de octubre último. (De fotografía de Harlingue.)

Todos los discursos fueron aplaudidos calurosamente por el numeroso público que asistió al acto inaugural.

DE MARRUECOS. - NOTAS DE ACTUALIDAD



Tetuán. - Vista general del campamento principal. En primer término se ven los cuarteles actualmente en construcción

Después de un largo período de tranquilidad en el Rif, ha roto nuevamente las hostilidades las cabilas limítrofes a la zona ocupada por nuestras tropas en la región de Melilla. Afortunadamente la agresión pudo ser enérgica y prontamente rechazada, gracias a lo cual no ha tardado en restablecerse allí la calma más absoluta. He aquí lo sucedido.

Desde hacía tiempo notábase alguna agitación entre aquellas cabilas; pero la diplomacia hábil del general Jordana hizo fracasar las excitaciones belicosas que a los cabileños de la izquierda del Kert se dirigían. Sin embargo, en la mañana del 14 de octubre último, viéronse numerosos grupos de moros que, partiendo de Monte Mauro, se aproximaban a la orilla del Kert, desde donde comenzaron a disparar contra las posiciones de Izhafen y Allalu-Kaldur. Las tropas del campamento de Izhafen respondieron al fuego del enemigo al mismo tiempo que éste era atacado por la columna del general Aizpuru que le obligó a desalojar la posición de Ibuchaten.

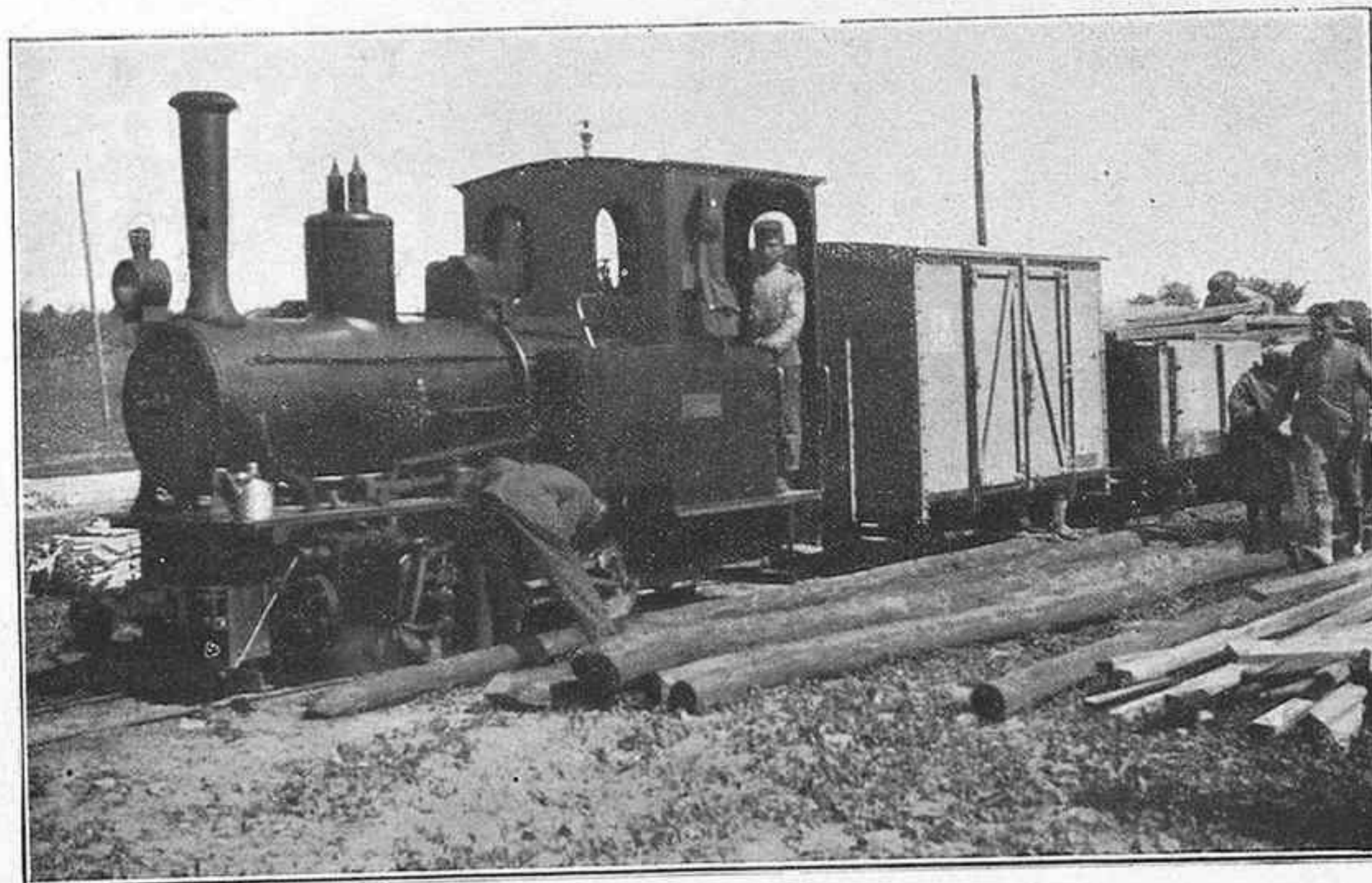
Los cabileños huyeron perseguidos por las fuerzas del tabor de Alhucemas hasta la orilla del Kert, repasando este río bajo el fuego vigoroso de artillería que les causó numerosas bajas. Las nuestras fueron un teniente muerto y seis soldados y dos indígenas de la policía heridos.

A consecuencia de esta operación las cabilas rebeldes han quedado tan quebrantadas que no han vuelto a repetir sus agresiones.

En cambio, cada día es mayor el entusiasmo que por España sienten las jarkas amigas de aquella zona. Tres días después de la acción que hemos reseñado, el comandante general de Melilla, general Jordana, acompañado de algunos jefes y oficiales de la sección de policía indígena, fué en automóvil hasta la aguada de Yadumen, en donde le esperaban las jarkas amigas de Beni-bu-Ifrur y Beni Sidel que habían sido movilizadas. El general Jordana revistó aquellas fuerzas y les dirigió la palabra elogiando su comportamiento; un indígena, en nombre de todos, contestó que puesto que España, en paz, les proporciona beneficios, quieren ellos, en

tiempo de guerra, ponerse a su servicio. Después el general Jordana visitó las posiciones, entre ellas la recientemente tomada de Azib-Taramut que es muy importante, pues domina con sus fuegos toda la línea del Kert.

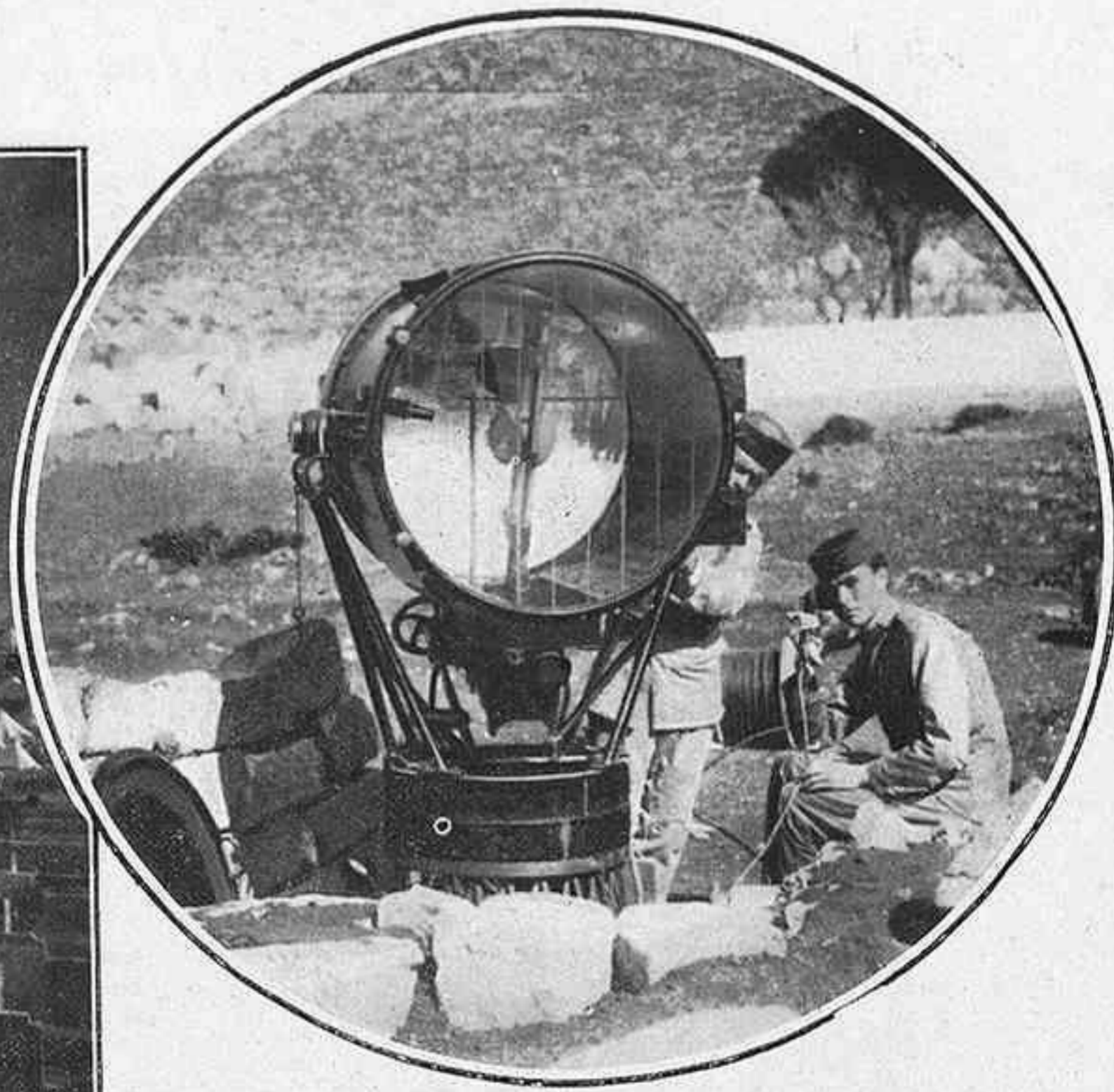
El día 27, y bajo la dirección del general Jordana, fueron



Ferrocarril recientemente inaugurado y que hace el recorrido desde el río Martín al Rincón de Medik. (De fotografía de Antonio Rectoret.)

ocupadas, sin disparar un tiro, las lomas de Tifrits-Aíssa, con cuya ocupación queda dominada toda Guelaya y gran parte de M. Talza.

En la región del Garb también se han realizado algunas operaciones de relativa importancia. El 18 del mes pasado la mehallá de Ermiki, bajá de Alcázar, y el tabor de Alcázar, apoyados por una columna al mando del coronel Perales, y las columnas combinadas a las órdenes del general Fernández Sil-



Reflector de campaña preparado para iluminar el campo enemigo. (De fotografías de Antonio Rectoret.)

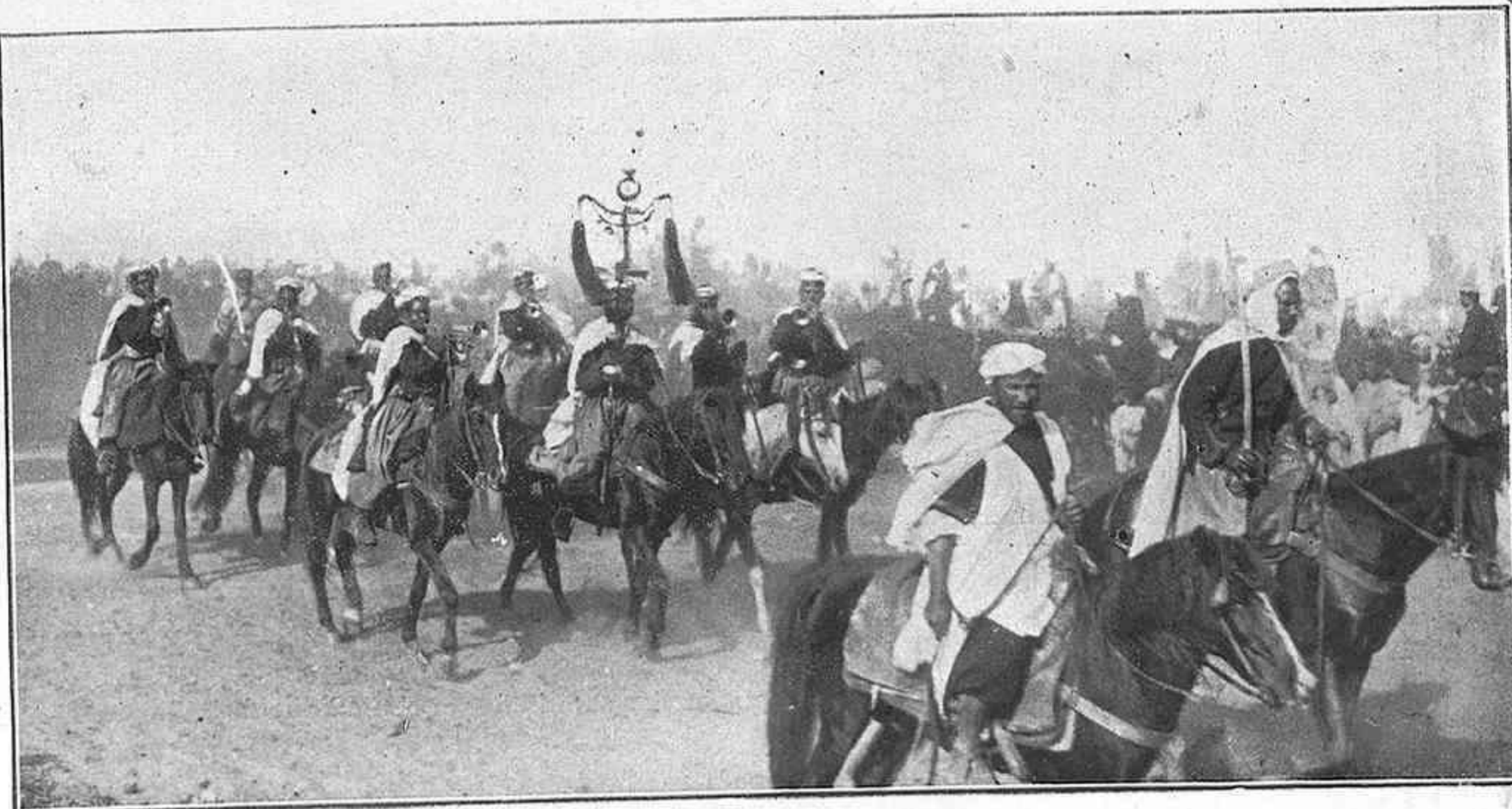
vestre y del teniente coronel Artiñano, se apoderaron de la posición de Tarkuntz, causando numerosas bajas al enemigo y teniendo por nuestra parte dos muertos y cuatro heridos. Esta posición fué atacada a la noche siguiente por numerosos enemigos que, después de dos horas de fuego de fusilería y de cañón fueron rechazados con grandes pérdidas y sin ninguna por parte de nuestras tropas.

Ha desembarcado ya en Ceuta la escuadrilla de aviación que dirige el capitán de Ingenieros D. Alfredo Kindelán y en la que figuran como pilotos S. A. el infante D. Alfonso de Orleans y Borbón y otros distinguidos oficiales.

Mas no es sólo por el esfuerzo de las armas cómo España realiza su acción en Marruecos; también lleva allí los beneficios de la civilización y del progreso, como lo prueba el ferrocarril que va desde el Río Martín al Rincón de Medik y que ha sido inaugurado recientemente con asistencia del residente general Marina, del cónsul de España, de varios generales y otras personalidades. Es un ferrocarril de vía estrecha y recorre un trayecto de diez kilómetros y los trenes pueden llevar cien toneladas de carga cada uno. Ha sido construido en dos meses por dos compañías de ingenieros militares, a las órdenes de los capitanes Zorrilla y Salinas y de los tenientes Vidal, Tevar, López Ochoa y Lago, que al mismo tiempo hicieron diferentes rellenos y terraplenes y construyeron siete blocaos, entre ellos el del Mogote. La obra de estos ingenieros es tanto más digna de alabanza cuanto que algunos técnicos extranjeros habían fijado en cuatro meses la duración de la construcción de esta vía férrea.

El ferrocarril de Río Martín al Rincón de Medik acaso se prolongue hasta Lau-ción para satisfacer necesidades militares.

El Sultán de Marruecos Muley Yusef, que actualmente está efectuando una excursión por las ciudades de su imperio, puestas bajo la influencia francesa, llegó el día 16 del pasado octubre a Casablanca, siendo recibido con gran pompa. Las tropas formaban cordón en las calles por donde pasó el soberano con su brillante y pintoresco acompañamiento. Muley Yusef recibió aquella misma tarde a los cónsules, a las autoridades civiles y a los jefes de cuerpo franceses y al día siguiente visitó solemnemente la mezquita del Dar-el-Maghzen. También visitó el puerto y la mezquita de Sidi-Bellul y concedió audiencia a varias personalidades francesas.



Casablanca. - El sultán Muley Yusef a la vista de la ciudad. - La banda de los spahis del sultan. (De fotografías de M. Rol.)



BUSTO modelado por Gendron

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



EL ANTRO DE LA HECHICERA, cuadro de Alejandro Bersani

(De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



EL BESO, tríptico de Alizard. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París, 1913.)

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE CRISANTEMOS

En los salones del Círculo Artístico ha celebrado, como todos los años, la Sociedad Catalana de Horticultura su exposición-concurso de crisantemos. El aspecto que ofrecía el local en donde la exposición estaba instalada era bellissimo así por la abundancia y variedad de flores expuestas como por el buen gusto y el arte que en todas las instalaciones presidían.



Barcelona. - Exposición de Crisantemos organizada por la Sociedad Catalana de Horticultura e instalada en los salones del Círculo Artístico. (Fot. de Merletti.)

El primer premio de crisantemos de flor cortada fué adjudicado al horticultor aficionado D. Juan Laederich, quien presentó un hermoso conjunto de plantas de distintos colores y de tamaño extraordinario, cuidadas con gusto y esmero y entre las cuales se veían algunas variedades nuevas y muy notables.

Los segundos premios fueron otorgados a la señorita Doña Inés Gallart, distinguida aficionada, por su colección de 65 variedades admirablemente cultivadas, y a D. Antonio Píera y Vidal, quien, en un parterre central, presentaba unas novecientas variedades, algunas de ellas de tamaño extraordinario.

D. Filiberto Casas y D. Blas Munne expusieron algunos ejemplares nuevos muy interesantes, habiendo obtenido el tercer premio. El primer premio de las plantas cultivadas en maceta se concedió a la colección de cuatrocientas variedades de D. José Soca, y el segundo a D. Blas Munné por un grupo muy notable.

Fuera de concurso presentose el conocido aficionado don Domingo Párdinas, que tan primorosos trabajos lleva realizados en el cultivo de crisantemos y que exhibió unos hermosos manojos de flores admirables por su tamaño, por sus bellísimos colores y por sus formas múltiples. También presentó fuera de concurso un interesante grupo de flores cortadas D. Ginés Girbau.

PARÍS. - EXPOSICIÓN DE CRISANTEMOS

Esta exposición que actualmente se celebra en el Cours-la-Reine, de París, aunque se titula Exposición de Crisantemos,

no comprende únicamente estas hermosas flores de procedencia japonesa, sino que en ella figuran también otras muchas clases de flores, así como frutas propias de la estación otoñal. La exposición fué solemnemente inaugurada el día 24 del

próximo pasado octubre por el Presidente de la República, quien fué recibido por el ministro de Agricultura Sr. Clementel, por los jefes del protocolo Sres. Mollard y Martín, por los presidentes del Consejo municipal y del Consejo federal, por los Sres. Viger, Truffaut y Chatenay, presidente, vicepresidente y secretario general de la Sociedad de Horticultura y por otras altas personalidades.

El Sr. Poincaré recorrió detenidamente las magníficas instalaciones de crisantemos, orquídeas, dalias, hortensias, begonias, rosas y ciclamos, y luego admiró el jardín romano construido fuera de concurso por la casa Vilmorin-Andrieux y C.^{as}, en el que hay un atrio de floridos escalones y rodeado de columnas, compuesto exclusivamente de crisantemos y que es una verdadera obra maestra de jardinería.

Después visitó la sección de las frutas y la de los jardines obreros, en donde fué saludado por el P. Lemire y en donde una niña le dirigió una afectuosa salutación y le entregó un magnífico ramo de flores. Finalmente recorrió la exposición de pinturas, en la que fué recibido por la celebrada pintora Magdalena Lemaire.

El Presidente Sr. Poincaré felicitó calurosamente a los expositores y a los organizadores de la exposición.

PARÍS. - EL XIV SALÓN DEL AUTOMÓVIL

Con el éxito de siempre se ha celebrado en el Gran Palacio

el XIV Salón del Automóvil, que con gran solemnidad inauguró el día 17 de octubre último el Presidente de la República.

Imposible es, dado el corto espacio de que disponemos, no ya describir el Salón, pero ni siquiera enumerar las cosas que a él han concurrido y las novedades que en él han expuesto. Baste decir que ha sido una brillante manifestación de la industria automovilista mundial; que en él se han admirado los mejores productos de las marcas más reputadas y que en punto a motores, carrocerías y accesorios pudieron verse allí las últimas innovaciones y las más curiosas novedades.

Séanos, sin embargo, permitido hacer una excepción en favor de la tan acreditada marca española Hispano-Suiza, reproduciendo lo que de ella han dicho algunos diarios franceses.

Le Figaro escribe: «El coche preferido por S. M. el Rey de España es el Hispano-Suiza. El Rey de España Alfonso XIII es un *sportsman* ferviente, gusta de los deportes atrevidos y violentos y ha dado a todos los suyos el ejemplo de la intrepidez. El Rey de España ha elegido el Hispano-Suiza porque



París. Exposición de Crisantemos organizada por la Sociedad Nacional de Horticultura e instalada en el Cours-la-Reine. - Una de las más hermosas instalaciones de la exposición, que ha sido premiada con medalla de oro. (De fotografía de M. Rol.)

para el *sportsman* es un coche de velocidad insuperable, valerosa y atlética; bien lo ha demostrado en la última carrera de Gaillon. En la cuesta que fué teatro de tantas hazañas, la Hispano-Suiza, con un motor de tres litros solamente, realizó la velocidad de 107 kilómetros por hora. En efecto, subió la cuesta de un kilómetro en 33 ²/₅ segundos, y este hecho es tanto más importante cuanto que la carrera se efectuó en un día de lluvia y en un terreno resbaladizo.»

Por su parte el cronista de *L'Auto*, hablando de los chasis Hispano-Suiza 1914, dice: «Lo que es imposible de expresar, cuando se quiere hacer la descripción de un chasis Hispano, es la impresión artística que se experimenta a la contemplación de una obra semejante.

«El verdadero mecánico siéntese seducido: hay allí algo indefinible que le satisface y le enorgullece. ¡Cuántas frases de elogio he oído paseándome junto a las maravillas expuestas en el *stand* y que procedían de diferentes personajes, de amigos y también de otros constructores que no podían resistir al placer de complimentar a los artesanos del éxito de tan hermosos resultados!

«¿Y cómo han sido obtenidos éstos?

«¡Oh, muy sencillamente! Merced a un método inflexible.

«Añadid a esto la comprensión sana y clara de todos los fenómenos mecánicos y el cuidado de la perfección de la ejecución llevado hasta los menores detalles, y tendréis la explicación de este grande triunfo.

«Estos chasis son demasiado jóvenes para haber cosechado muchos laureles en la carretera, en pruebas públicas; pero básteme citar Brooklands y Gaillon.

«En Gaillon, un 86-130 con una carrocería de carrera sube la cuesta a una velocidad media de 107.

«No abriguemos ningún temor; el año 1914 nos demostrará de lo que son capaces los nuevos productos de la marca tantas veces victoriosa.»



París. El XIV Salón del automóvil que actualmente se celebra en el Gran Palacio. Vista general de la galería central. (De fotografía de M. Rol.)

La Sal Natural de Sprudel
de
es la única legítima Sal de Carlsbad

GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Criqueta observaba desde hacía un instante aquella inmovilidad, discernía en la lasitud de aquella posición, en el apoyo de los codos sobre la mesa, en el

La importancia que daba aquella noche a su persona, se manifestaba por un pliegue de su labio inferior, elevando hacia la horizontal su perilla cuadra-

las realidades, mil perspectivas apasionadas y misteriosas. Avida de comprender, de saber, de sentir, flechaba sobre los seres y sobre las cosas miradas que



- Entonces, señorita, tendré el honor de hablar con usted. En el *Gulliver*, ¿verdad?

abandono de la cabeza sobre la mano, algo que debía preocupar. Su fino hocico y su nariz helada, se encontraron a la altura de una lágrima. Entonces, con un pequeño gemido sordo, empezó a mover todo su cuerpo y a menear desesperadamente su media pulgada de cola, lo cual significaba:

«Te compadezco, ya lo ves. Pero no nos dejemos llevar de la pena. Mira qué contenta estoy, sólo de estar a tu lado. Vamos, sonríe, háblame...»

El pequeño cuerpo se agitaba más tiernamente, la media pulgada de cola arrastraba la pequeña grupa nerviosa en una loca oscilación. Y cuando «mamáta» se hubo al fin dignado sonreírle y concederle la caricia y la palabra que Criqueta podía comprender, hubo en el gabinete de trabajo, un ladrido de una alegría tan profunda que casi pareció un débil sollozo.

III

- Pues bien, hijos míos, puesto que no se levanta el telón, voy a dar una vuelta por los pasillos.

Teófilo Andraux se levantó. Iba de frac. Un frac de corte pasado de moda, algo lustroso a lo largo de las solapas y sobre los omoplatos, pero del cual sacaba sin embargo un sentimiento de elegancia y de superioridad. La pechera de su camisa, cuyo lustre se había reblandecido por una larga permanencia en un armario, se quebraba contra la convexidad de un pecho descarnado. Llevaba en la mano, con visibles precauciones, su sombrero de copa. Pero el orgullo de encontrarse en aquel teatro en noche de ensayo general, entre lo que él llamaba «el Todo-París», de mezclarse con los hombres célebres, que reconocía - no sin algunos errores - por haber visto sus retratos en los periódicos confiados a las tijeras y a la goma de D. Próspero, lo llenaba de embriaguez.

Dirigióse hacia la escalera, con la esperanza de encontrar algún conocido en el momento de subir a una mala localidad de las alturas: un compañero del Ministerio, un vecino de piso, su portera... «Yo tengo el palco del director del *Petit Quotidien*.» Porque Boisseuil había enviado el billete a la autora del *Guillotinado*.

Claircoeur y su ahijada se habían quedado solas en la parte delantera del palco de platea. No es que se hubiese olvidado de invitar a Luisa, sino que una indisposición de Lilia retenía en casa a la señora Andraux. En cuanto al colegial Bernardo, daba demasiado poca satisfacción a la familia para que lo llevaran al teatro.

Cuando se hubo marchado su padre, Gilberta se inclinó hacia la novelista, con los labios cuchicheantes y una gran animación en los ojos.

- ¿No has oído, madrina?

- ¿Qué?

- Lo que esas personas, ahí, cerca de nosotros, decían ahora mismo.

Con un ligero movimiento de cabeza, Gilberta designaba un grupo de tres o cuatro personas, que se estaban de pie contra las banquetas más próximas, antes de bajarlas para sentarse en ellas. El ir y venir de los espectadores que iban a ocupar sus butacas repelía de vez en cuando aquel grupo contra el antepecho del palco.

- No. ¿Qué era?, preguntó Claircoeur sin gran curiosidad.

Aquella fabricante de catástrofes y de intrigas imaginarias se encontraba en presencia de la vida como delante de una muralla sin aberturas. No discernía de ella más que una apariencia monótona. Como no la profundizaba, la encontraba anodina al lado de sus propias invenciones.

Gilberta, por el contrario, vislumbraba, detrás de

se creían clarividentes porque eran cándidamente, aunque audazmente, algo visionarias. Aquella sala del Gymnase, llena de parisienses conocidos, de escritores, de actores y de actrices, de mujeres del gran mundo y del *demimonde* (o mundo galante), la interesaba mucho más que la comedia anunciada. Se figuraba todas aquellas existencias animadas de una fiebre deliciosa. ¡Cuánto le hubiera gustado conocer sus secretos, compartir sus impresiones y estremecimientos, mezclarse con ellas, y representar entre ellas un papel! Sin duda el destino la llamaba a todo aquello. ¡Pero había que esperar algún tiempo, quizás algunos meses! No hubiera tolerado el decirse: «algunos años».

- Es que no escuchabas, entonces, madrina. Sin embargo, se trataba de Fagueyrat, del actor Fagueyrat, a quien conoces.

- ¡Oh!, me he encontrado con él una vez en el *hall* del *Petit Quotidien*. Cambiamos cuatro palabras.

- Me habías dicho que representaría tu drama sacado de *Las desdichas de una modistilla*.

- Mi drama... No se pondrá en escena, puesto que acaban de devolverme el borrador.

- Del Ambigú. Pero hay otros teatros.

Claircoeur calló. Su voz hubiera temblado. Aquella devolución reciente, sin explicación alguna, era para la novelista un punto doloroso, una herida abierta todavía.

- En seguida te desanimas, madrina. El plan de tu drama es magnífico. Llévalo al Teatro Trágico. Fagueyrat está aquí. ¿No le has visto?

- No... ¿Dónde?

- En la tercera fila de las butacas de patio. Mira, cabalmente ahora se levanta. Es verdad que no es feo. Sus retratos no le favorecen mucho.

- ¡No le mires con los gemelos, Gilberta, por favor! ¡Está tan cerca!.. Bien al alcance de tu vista.

— Esos trágicos, observó la muchacha, tienen un porte, una dignidad... Los actores cómicos son generalmente ordinarios.

— Sea dicho entre nosotros, Gilberta, ¿no le encuentras un poco pretencioso, a Fagueyrat?

— ¡Ya está!..., murmuró la señorita Andraux sin contestar. Está mirando con los gemelos al palco de Blandina Jazmín.

— ¿Qué me dices?, exclamó la novelista escandalizada.

— Sí... ¿Ves, madrina, en frente, en aquel palco de primer piso, en que hay unas mujeres tan escotadas? Mira... la rubia, a la izquierda, con el enorme sombrero negro... Es Blandina Jazmín.

— Pero ¿quién es Blandina Jazmín? ¿Y cómo sabes tú?... Ese palco me parece muy mal habitado, observó Claircoeur.

Gilberta explicó. No ignoraba nada. Precisamente era lo que los caballeros de las banquetas inmediatas decían en alta voz, sin ambages. Fagueyrat estaba locamente enamorado de Blandina Jazmín. Hacía mucho tiempo que estaban en relaciones. Pero, como Blandina creía tener un talento dramático extraordinario, quería que su amigo obtuviese para ella un papel importante del empresario y director del Teatro Trágico. Fagueyrat no lo había conseguido, y Blandina había roto con él.

— No me gusta, Gilberta, que cuentes esos chismes...

— Pero, madrina, yo no cuento nada; no hago más que repetir lo que ha dicho ese caballero de las patillas color de mostaza. No te enfades, *madrinita*, añadió la muy zamera, en el tono y con la pronunciación de su infancia. No hablaría de esto con nadie, más que contigo.

— Y harás muy bien. Esas historias...

Claircoeur no concluyó. Vibró un timbre eléctrico, y resonaron los tres golpes tradicionales, anunciadores de la subida del telón. Dejose a obscuras la sala, en la cual aun se agitaron sombras, entre sorpresas protestas.

Teófilo entró en el palco. El ruido que la puerta hizo al cerrarse levantó clamores.

— He visto a Rostand, susurró el subjefe, jadeante de emoción.

— Calla..., papá.

— He visto a Rostand. Casi me habló.

— Pero, papá, cállate. Llamamos la atención. Además, Rostand no está en París, afirmó en voz baja Gilberta, en el tono de una personita al corriente de los ecos literarios y de sociedad.

— Te digo que casi me habló. Se volvió hacia otra persona en el momento en que yo pasaba. Verdaderamente, de lejos, la gente hubiera podido creer que se dirigía a mí. Yo mismo lo creí, un instante.

Gilberta, con la vista puesta en el escenario, no discutió más.

Pero, de pronto, su padre le tocó el brazo.

— ¿Ves?..., nunca quieres creerme. Allí está, Rostand... Ahora se sienta..., en el proscenio de enfrente.

Su hija apenas pudo reprimirse de replicar en alta voz:

— ¡Pero, papá!... Si es Rodín, el escultor Rodín. No se parece en nada...

— ¿Rodín?..., replicó Teófilo algo confuso. ¿Estás segura?... ¡Ah!, si, si, sé... Rostand no lleva barba. A ver... ¡Claro! Rodín... ¡Si le conozco muy bien!... Es la primera sílaba la que me hizo confundir. Pero no importa. Estuvo a punto de hablarme.

Un rumor irritado acabó por imponer silencio al Sr. Andraux. Resignado, éste se arrellanó en su butaca. Sin embargo, no pudo retenerse de emitir de vez en cuando en voz baja ciertas reflexiones.

— Eso sí que se llama conocer a las mujeres... ¡Ah! si no se las ata corto a las taimadas...

«Tú, infeliz, vas a dejarte engañar, apuesto cualquier cosa...

»¡Chúpate esa, señora mía!...

«¡Vaya un tipo!, por el estilo de Cochart. Se le encontraría fácilmente delante de una taza de café, en la cantina del Ministerio.

Gilberta no oía. Apenas escuchaba lo que decían los actores. Su alma fascinada de mariposa atraída por la llama se volvía sin cesar hacia la ardiente faz de mil miradas de la multitud inmóvil. La luz procedente del escenario iluminaba vagamente todos aquellos seres confundidos en una atmósfera compuesta de sus efluvios, de sus perfumes, de sus alientos oprimidos por una emoción única. Aquella luz iba a morir en sombras profundidades, donde sólo brillaban, acá y acullá, un resplandor de pedrerías, la palidez de un rostro, la blancura de una pechera de camisa de hombre, una mano sin guante sobre un reborde de terciopelo.

La joven, que no conocía de las cosas humanas más que la disciplina de un modesto colegio, el la-

borioso hogar de la obrera en folletines y las mediocridades de la familia Andraux, respiraba con la boca entreabierto el olor espirituoso y complicado; devoraba con los ojos las fisonomías y los trajes; espía los gestos, trataba de adivinar en los labios — de los cuales no percibía más que la lasitud o la amargura — lo que la felicidad, el ingenio, el amor hacían brotar en ellos, en forma de palabras furtivas y delicadas. De pronto, estremecióse, y se volvió hacia su madrina:

— Di... Ese caballero... de nuestro lado..., dos palcos de platea más lejos... contra la columna... Mira. Ahora se inclina... ¿No es el director del *Gulliver*?

— Espera, Gilberta... Escucha eso... Es muy arrebatador.

Claircoeur no podía apartar su atención de lo que pasaba en la escena. Sin embargo, se dejó llevar de su complacencia ordinaria y siguió las indicaciones de Gilberta.

— Sí, es Monbardón..., el director del *Gulliver*.

— ¡Oh, madrina, procura encontrarlo durante el entreacto! ¿Quieres?

Desde aquel momento, para el joven corazón de sangre viva, que, a cada instante, saltaba con una palpación brusca bajo la muselina del ligero cuerpo de su vestido, no hubo más que nombres insignificantes lo mismo en la sala que en el escenario. Los deseos, las curiosidades, las radiaciones de porvenir, todo se amortiguó en la inmediata esperanza: «¡Si el director del *Gulliver* dijese que publicará mis crónicas!» En seguida, su imaginación desbocóse. Su madrina volvería al palco con la seguridad maravillosa: «He aquí al Sr. Monbardón que quiere conocerte. Encuentra que tienes talento.» Gilberta creía oír las palabras de «colaboración regular». ¡Con qué rapidez y con qué facilidad marchaba todo! Ya contemplaba ella con ojos distintos a aquellos poderosos de París que hace poco la maravillaban. Aquella noche una frase de uno de ellos le señalaría su puesto entre lo selecto. Mañana, aquella gente leería un artículo suyo, repetiría su nombre, se asombraría de su juventud.

En el entreacto, fué Teófilo quien venció la timidez de Claircoeur. Le ofreció el brazo.

— Vamos, amiga mía, hazlo por la muchacha. No se la va a comer, ese Monbardón.

— Es que... los ensayos de Gilberta, solamente hace ocho días que se los llevé.

— Pues bien... ¡Ocho días para leer una veintena de páginas! ¿Qué más necesita ese Monbardón?

En la puerta de un palco, el director del *Gulliver* oyó a uno de sus colaboradores que le decía:

— Ahí está esa latosa... Gil de Claircoeur, que parece que desea hablar con usted.

— ¿Quién es esa Gil de Claircoeur?, preguntó con indiferencia un hombre de rostro imberbe, con monóculo puesto, de aspecto distraído y glacial.

Y entabló conversación con dos actrices risueñas, a las cuales sin perder la seriedad, dirigió las frases más subidas de color.

— Hace como si no quisiera conocerte, gruñó el subjefe. A ese tipo voy a enseñarle a tener educación.

Claircoeur se apresuró a calmar una ebullición cuyos efectos tenía la candidez de temer. El temor de una pifia le dió la resolución necesaria para acercarse a Monbardón, y lo hizo desesperadamente.

Mientras las dos actrices retrocedían un paso para burlarse mejor del vestido de seda azul que la novelista llevaba, así como de la piocha de brillantes que coronaba su cabellera espesa y mal peinada, Monbardón se adelantó:

— Dispense usted... ¡Ah! sí, la señora... de Claircoeur. ¡Ya, ya!... El manuscrito... muy interesante..., un poco falto de autoridad. ¡Ah! Aquí está precisamente nuestro crítico literario, el Sr. Thanor, que debe dar a usted la contestación.

Y se eclipsó. El Sr. Thanor, que no sabía una palabra del asunto, pero que comprendía que debía cortar por lo sano, se deshizo en fórmulas desalentadoras y corteses. El *Gulliver* no publicaba folletines de más de doce mil líneas. De lo contrario, sería una suerte... ¿No?... ¿No era una novela?... ¿Crónicas?... Gil de Claircoeur estaba por cima de ese trabajo al día... ¡Ah! ¿Cómo había podido confundir?... Eran de su joven sobrina. Pues lo había tomado por la obra de un autor experto.

— ¿Entonces?... preguntó la novelista — que hubiera dado su manuscrito más precioso por llevar una respuesta favorable al padre y a la hija — ¿entonces, el *Gulliver* va a publicar?...

— El caso es, añadió Thanor, retorciendo el raciocinio, el caso es que en este momento, hay exceso de crónicas y escasez de cuentos. Si su sobrina escribiese una novela corta... No debe faltarle imaginación. Si no, usted podría guiarle un poco, darle el asunto.

El timbre eléctrico anunció el final del entreacto.

— Usted dispense, mi querida colega. Entonces, entendido. Traiganos eso, al *Gulliver*... Un bonito cuento... Y no ponga usted reparos en darle la última mano.

Diciendo estas últimas palabras, el Sr. Thanor empujó la puerta del palco directorial, en que bruscamente se metió. Dejose caer en una silla con un «¡uf!» cómicamente exagerado.

— ¡Qué ocurrencias tiene usted, mi director! En fin, ¡no hay remedio! Tendrá usted que apechugar con una pequeña *rocambolería* de Claircoeur para el suplemento. Es lo menos funesto que he podido obtener. Y bien, mi director, ¿no me da usted las gracias?

Monbardón, que ni siquiera se volvió hacia su colaborador, y no cesaba de mirar con los gemelos, murmuró:

— ¿Quién es esa bonita muchacha con la cual habla Fagueyrat en este momento? Ahí, cerca, a nuestra izquierda. ¿Sabe usted quién es, Thanor?

— No, no he visto nunca esa cara en el teatro. Bonita, en efecto. Joven, sobre todo. Y fresca como una rosa de mayo. ¡Pues si escucha a Fagueyrat!... Será alguna alumna del Conservatorio.

— ¡Caracoles, Thanor! ¿Quién acaba de entrar en el palco, detrás de ella?

— Una especie de jayán... ¡Mire usted cómo lleva el sombrero!

— No hablo del hombre... Hay una mujer... Y me parece... Pero sí... ¡Perfectamente! Es Claircoeur!

— ¡Diantre! Mi director, no mire usted más por ahí. Es peligroso, créame usted... Usted no sabe el trabajo que me ha costado para salir del paso.

— Diga usted, Thanor. ¿Será su sobrina, con ese garbo y ese palmito?... ¿la sobrina que escribe?...

— Mi director, me da usted mucha pena. La señora Monbardón va a exigir que yo me separe del *Gulliver*.

— ¿Qué tiene que ver con esto mi señora?, preguntó el director.

Bajañdo los gemelos dejó ver su cara, helada por una habitual tristeza. Pero una fugitiva sonrisa desencogió sus labios, cuando Thanor hubo dicho, medio en broma, medio en serio:

— Cada vez que el *Gulliver* publica un trozo de mala prosa traído por una mujer bonita, usted declara a su señora que yo le he dado cabida en el periódico sin prevenir a usted. La directora acabará por encontrarme demasiado dispendioso y demasiado disoluto. Exigirá mi despido.

Era efectivamente Gilberta Andraux la que se había encontrado, hablando con Fagueyrat, en el campo visual de los gemelos — los gemelos de Monbardón, donde acababan de inscribirse, una noche más, la misma galería de fisonomías «bien parisenses», los mismos protagonistas, que el dinero, el talento, el escándalo o la casualidad, sientan en aquellos mismos puestos desde que él mismo, el director cansado, desilusionado, asistía a los ensayos generales.

¡Las veces que aquellos gemelos habían registrado las fisonomías «bien parisenses»!... ¡Cómo las había visto arrugarse, revocarse, barnizarse, envejecer, y — ¡cosa rara! — sin renovarse! Y ¿qué les importaba lo nuevo a los gemelos de Monbardón? ¿No hubieran estado completamente fuera de su órbita, si no hubiesen abarcado las mismas imágenes, en un orden inmutable, en las mismas butacas o palcos: la actriz de día en día más madura, a quien seguían llamando la «pequeña Dangeval», al lado de su madre, cuya vejez obesa, hociocuda, espantosa, ya no parecía sino apenas la exageración, y no la caricatura, de la otra. El financiero cuya edad renunciamos ya a calcular, el hombre de los dos espesos bucles siempre negros, a uno y otro lado de su cráneo ovoide, ese pirata magnánimo, cuyas fantásticas estafas, *krachs* y huidas al extranjero, eran innumerables y que, sin embargo, podía predominar aquí, agasajado, perdonado, si no respetado, porque sus cajas con frecuencia vacías, y sin embargo inagotables, proporcionaron millones para la liberación del territorio, estuvieron siempre misteriosamente a disposición del Gobierno, y aun podrían pagar la intentona de algún pretendiente, si a la República se le ocurriese examinar de demasiado cerca sus recursos. Y más allá, riendo con su risa volteriana, el más chispeante conversador y el pintor más malo de estos tiempos. Al lado, esa cabeza cana, o más bien empolvada, de marquesa, con admirables ojos de eterna juventud, la mujer a quien más detesta Monbardón, porque en su famoso duelo de periódicos — *La Tierra prometida* contra el *Gulliver* —, el victorioso no fué el *Gulliver*, ni el que tuvo el público de su parte.

Pero los odios de Monbardón, y sobre todo un odio tan «parisense», le eran tan indispensables como sus amistades. Y sus gemelos lo mismo se detenían sobre la cabeza luminosa, de cabellos de una

blancura coquetona de disfraz histórico, que sobre la rubia cabellera endiamantada de la magnífica Celi-mena del Teatro Francés, o sobre el rostro, aun impresionable en la penumbra — con las mejillas y la barba cubiertas de tul — de la que es, desde hace treinta y cinco años, la «bella ferretera», a causa de su perfil de Diana y de las herrerías de su marido.

¡Ah!, sí, aquellos gemelos conocían cada sonrisa, cada afeitado, cada tinte, cada arruga, y todas las gracias obstinadas de las mujeres, y todos los visajes de los hombres, en aquella especie de museo de figuras de cera, de actitudes fijas, de caras inmutables. Por eso les causó tanta sorpresa descubrir una cara bonita y fresca, que hasta ignoraba los polvos de arroz — la cara de Gilberta Andraux.

Cuando su madrina y su padre habían salido del palco, Gilberta se había quedado sola. Empezaba a llamar la atención. Algunos caballeros, pasando con intención y lentitud por delante de su palco, la observaron. Nada tímida, ella no hizo caso. Acostumbrada a que mirasen su lindo rostro, no se asombraba de los homenajes masculinos, de los cuales conocía ya la desenvoltura, si no la brutalidad. Naturalmente, como todas las muchachas bonitas, y como gran número de feas, tenía formado un alto concepto de su fuerza de seducción. Los ojos con los cuales una joven se ve en su espejo no son los mismos con que mide las gracias de sus amigas. Pero esto es una ley general. Y si la señorita Andraux no formaba una heroica excepción, al menos no sufría el imperio de esa ley sino en la medida de una coquetería moderada, contenida además por una natural distinción de alma y de modales, sumada a una prudente reserva por una esmerada educación.

Fagueyrat se levantó de su butaca de patio e hizo un rodeo para salir, a fin de pasar por delante de ella. Gilberta le observó con orgullosa satisfacción. Pero cuando él se detuvo para dirigirle la palabra, ella tuvo un ligero sobresalto.

— Usted dispense, señorita... Soy indiscreto. Pero me había parecido ver aquí a la señora Gil de Clair-coeur.

Un poco miope guiñaba hacia el fondo del palco. — Mi tía acaba de salir. La encontrará usted en los pasillos, dijo Gilberta con bastante sequedad.

— ¡Oh!, es su tía... ¡Qué persona tan extraordinaria! ¡Tiene un talento..., una imaginación!.. Acabo de leer sus *Desdichas de una modistilla*. Precisamente quería hablarle de esto.

Gilberta se hallaba en presencia de un hombre preocupado, que, visiblemente, no caía en la cuenta de que hablaba con una muchacha bonita. No se detenía por ella y, hartado sin duda de conquistas femeninas, trataba como una figurante a tan vibrante y linda criatura, poco dispuesta a pasar por cantidad despreciable.

«Me habla como a la acomodadora», pensó ella, en la decepción de su vanidad.

Una idea de represalias, una malicia audaz, le fué sugerida por las circunstancias, y dijo al actor:

— Usted me dispense, caballero... Pero creo que le vigilan desde aquel palco del primer piso. A decir verdad, no tengo ganas de monopolizar la atención de las personas que se encuentran en él.

Dicho esto se levantó y fué a sentarse en una silla retirada, en la sombra, dejando corrido al guapo de Fagueyrat. Este miró en la dirección indicada. Su rostro contraído y desconcertado, se ofreció a la risa insolente de Blandina Jazmín y de las amigas de trajes llamativos que rodeaban a la cómica. Todas ellas se agitaban, miraban con los gemelos, se desentendían de risa. Y, sin contradicción posible, su mímica burlona, públicamente acentuada, era, para una joven decente, una prueba lastimosa que un caballero no debía tomarse la libertad de provocar.

Fagueyrat corrió al pasillo, subió apresuradamente al primer piso y se precipitó hacia el palco de su amiga. Era el momento en que ya vibraba el timbre anunciando el final del entreacto, y en que Claircoeur volvía a su puesto, disgustadísima por la contestación de Thanor, y preguntándose cómo se atrevería a comunicársela a Gilberta. Decir a su ahijada que el *Gulliver* no insertaría más que un cuento que llevase el sello de la novelista, y decirlo delante de Teófilo, era una cosa espantosa, de la cual no se sentía capaz.

Se levantaba el telón cuando Fagueyrat logró hacerse abrir el palco de la señorita Jazmín.

— Blandina, sal un momento. Necesito decirte dos palabras.

— ¡Calla! Por fin, has reparado en mí. Y no has encontrado todavía el medio de venir a saludarme. ¡Hombre más descortés!

— Tú no quisiste que te acompañara...

— ¡Silencio, Fagueyrat!, exclamaron las otras. Déjenos oír.

— Vuélvete al lado de esa gazmoñita de abajo... Para darme celos tenías que escoger algo mejor.

— Blandina... ya te explicaré... y te alegrarás de lo que voy a decirte. Ven, suplicó Fagueyrat, quien, de pronto, se mostró humilde.

— ¡Déjame en paz!

Las protestas de los vecinos impidieron que la disputa se prolongase. Fagueyrat sentóse en el fondo del palco, en una silla que había quedado desocupada. Como se sentía dolorosamente mortificado por las recientes maldades de la señorita Jazmín, de la cual estaba enamorado, con la violencia de su temperamento meridional y la inquietud estimulante de su recelosa vanidad, no paró mientes en las insinuaciones que, con gestos y palabras al oído apresuró a hacerle una de las compañeras de Blandina, que estaba sentada a su lado. No fué siquiera para mofarse desdeñosamente de ésta por lo que él dijo casi en voz alta a su amiga, llevándosela fuera del palco al finalizar el acto:

— Si crees mortificarme poniéndote en evidencia con esas mujeres... El daño es para ti.

Estas palabras, soltadas tras sí, como la flecha del parto, hicieron estallar en el palco una serie de apreciaciones, cuya forma y sentido no hacían más que darle la razón respecto a la calidad de las relaciones de Blandina. El actor adivinó el concierto de injurias, y no hizo caso... Pero se indignó contra esta reflexión de la señorita Jazmín:

— Puesto que me impides que siga dedicándome al teatro, es preciso que yo piense en crearme una situación.

— Una situación de mujer galante. ¡Bonitos instintos tienes!

— No se trata de mis instintos, declaró Blandina. ¡Jesús, Marcelino! No pongas esos ojos furibundos. Vas a ponerte en ridículo.

Y añadió, vacilando, en la puerta del salón de descanso.

— Mira todos esos imbéciles que nos observan como si fuésemos animales raros.

Lo cierto es que llamaban grandemente la atención; ella, con su cara de gatita rubia bajo su enorme sombrero y su vestido a la griega que revelaba las líneas fugitivas de su garboso cuerpo, y Fagueyrat, con una corbata a la moda de mil ochocientos treinta y esa fisonomía fatal y llena de presunción que el público quiere encontrar, fuera del escenario, en los actores que saben emocionarlo.

— Bajemos..., partamos, propuso Fagueyrat. Supongo que no te interesa saber como acaba esta comedia estúpida.

— Te equivocas. Tengo interés en ver el último acto. Yo la encuentro magnífica, a esta comedia. Un hombre que se amilana ante las mujeres... Por más que esto sea la banalidad corriente, siempre da gusto observarlo.

— Blandinita mía, no vuelvas a tu palco. Habrá que desinfectarlo cuando haya salido esa basura que has traído. Vamos.

— ¿Adónde?

— A tu casa.

— Pero ya sabes que mi casa no volverá a ser la tuya, sino con la condición de que tu empresario acceda a lo que yo le pido.

— Eso no depende de mí.

— Dispensa, amigo. Si le amenazas con dejarlo plantado, tu empresario se rendirá.

— Ya lo he hecho.

La señorita Jazmín tuvo un ligero estremecimiento, trató de ver la cara del joven artista, pero debajo del ala inmensa de su propio sombrero, renunció a su empresa, y preguntó con voz algo ahogada:

— ¿Y bien?

— Y bien, prefería verme partir.

— ¿Antes que darme el primer papel de mujer?

— Antes que dar el primer papel de mujer a Blandina Jazmín.

La que llevaba éste nombre a la vez cándido y florido, se detuvo sofocada. Fagueyrat trató de llevarse. Ya estaban en el vestíbulo. Un poco más, en la ceguera de la emoción, y, antes de que ella se diese cuenta de la cosa, se encontraría en un taxi-auto.

Blandina preguntó más débilmente:

— ¿Y el autor?

— El autor... Había soñado con ver su drama representado en el Teatro Francés. Para él, el Teatro Trágico y su compañía son indignos de su obra. Exige artistas extraordinarios. Para su principal papel de mujer, va a pedir al menos que contraten a Sara Bernhardt para un número determinado de representaciones.

La señorita Jazmín, muda de horror, se dejó meter en un taxi-auto.

Cuando su compañero hubo tomado asiento a su

lado, ella profirió, en el tono en que se anuncia una irrefutable verdad:

— ¿Quieres que te diga lo que es toda esa gente? Una manada de cochinos.

Pero este desahogo fué el último esfuerzo de la dignidad, que la actriz conservaba haciéndose la ilusión de que se encontraba en público. Cerciorándose de que se hallaba en un coche cerrado — nunca sabría cómo Fagueyrat había retirado los abrigos de la guardarrope — Blandina prorrumió en sollozos, y englobó luego a todos los empresarios de teatro y a todos los autores dramáticos bajo calificativos al lado de los cuales la palabra «cochinos» ya no pareció más que una dulce amenidad. Como su amigo callaba, Blandina creyó que se burlaba solapadamente de ella, y dirigiéndose hacia él, reanudó, para él solo, la retahíla de sus adjetivos vehementes:

— ¡Me la pagarás!, terminó ella. ¡Vaya un tupé el tuyo!.. ¡Haberme hecho salir diciéndome que me alegraría!.. ¿Te parece que tengo motivos para estar contenta?..

Fagueyrat, acostumbrado desde el Conservatorio a recibir noblemente las imprecaciones de Camila, y a no pestañear bajo los furores de Hermiona, guardaba sin trabajo un buen continente. Así es que replicó con dulzura:

— Contenta... Ya lo estarías quizás si me hubieses dejado hablar.

— ¡Ah!, ¿te parece que no me has dado bastantes sorpresas? Vas a contarme tal vez que has mandado noramala a tu empresario y a su teatrillo, como debieras haberlo hecho, y puesto que no se me quiere dar un papel digno de mí. ¡No hay peligro! Le lame-rías las botas a ese autor, que va a hacerte representar un papel de verdadero hombre de mundo... ¡Qué asco!

— Tranquilízate. Por inverosímil que te parezca, he devuelto el papel.

— ¿Qué dices?

— Que he devuelto el papel. Y he hecho más: he dejado el Teatro Trágico. ¿No te dije, al principio de esta agradable conversación, que había presentado el ultimátum a mi empresario?

— Algo así dijiste, en efecto.

— ¡Entonces!..

— ¿Y te has separado a causa de mí? Habrás tenido otras cuestiones.

— Ninguna.

— ¡Marcelino!..

La señorita Jazmín estaba atónita. Tan atónita que no encontraba nada que decir... ni nada que hacer. Lo cual apesadumbró a Fagueyrat.

— ¿Y bien, Blandina?.. ¿No me das las gracias?

Recelosa todavía, vagamente inquieta, ella preguntó:

— ¿Tienes otra contrata?

— No, chica, no.

— ¡Pues estamos aviados!, refunfuñó ella. ¡Qué cosas haces, hijo! ¿Y exiges que yo viva como una pequeña burguesa, que rompa con las personas que no desean otra cosa más que serme agradables? Yo me privaba ya de todo para serte fiel. Pero ahora, si no ganamos nada, ni uno ni otro...

— ¿Esas son las gracias que me das?

— ¡Yo no te pedía tanto!, exclamó ella, próxima a encolerizarse de nuevo. Había que amenazarlos solamente... Quizás hubieran cedido.

El actor se echó a reír.

— ¡Qué niña eres! Pero ¿no comprendes que si habían de ceder ante la amenaza, cederían mucho más ante el hecho? Y ya ves que no hay nada de eso.

— Es verdad. Pero tú te hubieras dejado convencer... Hubieras dejado la puerta abierta para volver a entrar.

— Escucha, Blandina, tú no mereces que yo te revele mis proyectos y mis esperanzas. Eres una mujer cita abominable. Si no tuviera por ti las peores debilidades, abriría la portezuela de este coche y huiría de ti, como de un pequeño monstruo, y ya no me volverías a ver en toda la vida.

Un alegre y fuerte abrazo la persuadió, no tanto de la pasión de su Marcelino, como de la seguridad inmediata de su carrera.

— ¡Oh! amigo mío, cuéntame... cuéntame en seguida... ¿Vas a tomar un teatro, como tantas veces te lo aconsejé?..

— Tus consejos, chiquilla, nada valen sin dinero.

— ¿Y has encontrado *guita*?

— Quizás. Tengo una combinación que me atrevo a calificar de admirable, mística y piramidal.

— Venga tu combinación.

— En sitio más seguro, dijo él contra la mejilla de su amiga. Este taxi-auto está provisto de una trompeta acústica. Y hablaría al oído de todo París. Además, ya hemos llegado. ¿Tu casa será otra vez la mía?

(Se continuará.)

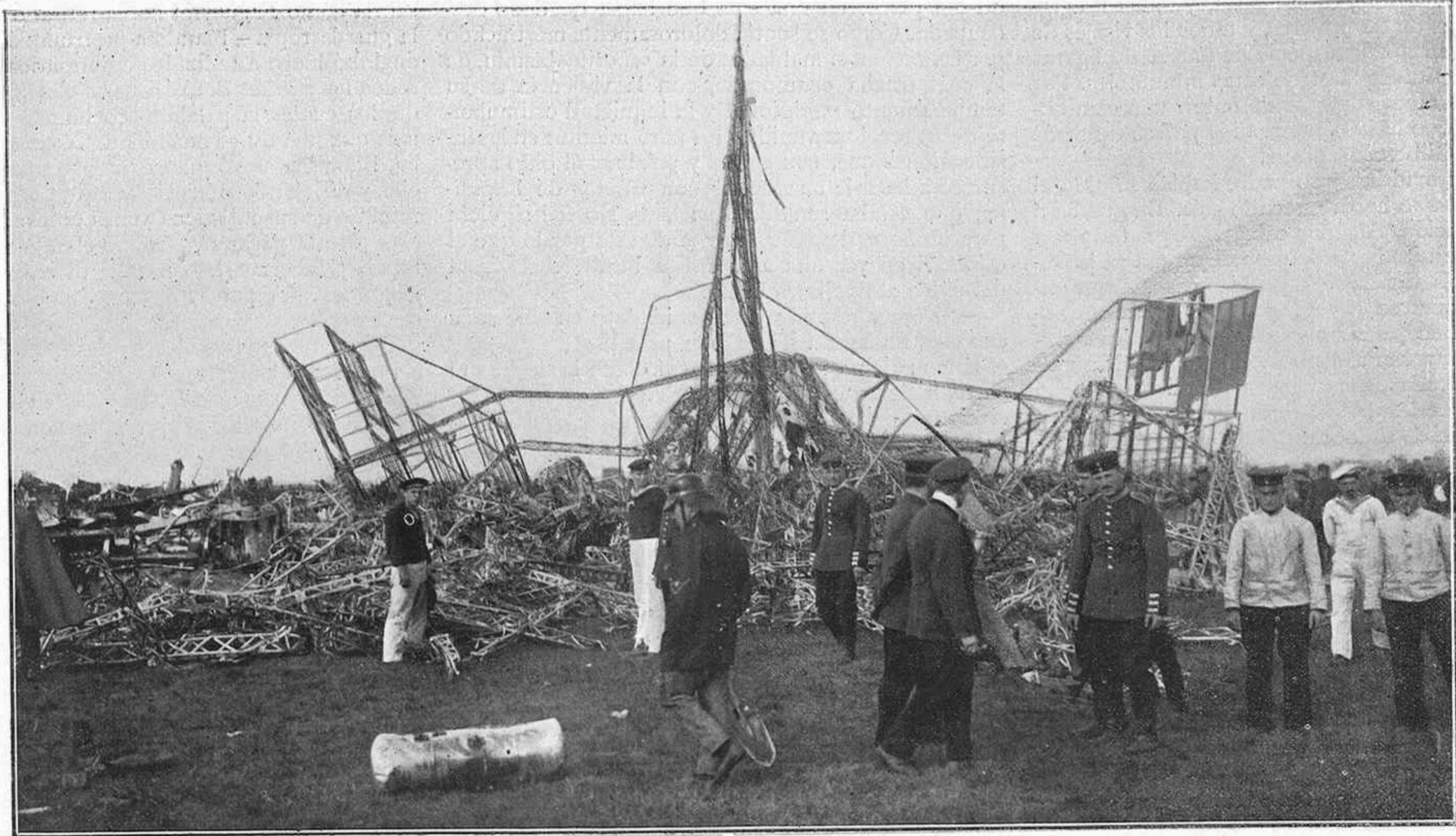
JOHANNISTHAL (ALEMANIA). - LA CATÁSTROFE DEL DIRIGIBLE DE LA MARINA DE GUERRA «ZEPPELIN L. 2»

Apenas transcurrido un mes de la pérdida del *Zeppelin L. 1*, de la que dimos cuenta en el número 1.656 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, una catástro-

produjo una tercera, quedando la armazón enteramente destrozada.

»Acudieron inmediatamente una compañía de in-

en sus 18 pequeños globos era de 27.000 metros cúbicos. Llevaba una instalación de telegrafía sin hilos, dos potentes proyectores y una plataforma en el



Los restos del dirigible alemán «Zeppelin L. 2» después de la catástrofe. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

fe más espantosa aún que aquella ha destruido otro dirigible de la marina de guerra alemana, el *Zeppelin L. 2*, el mayor de los dirigibles del mundo.

La nota oficial dando cuenta del suceso dice así:

«El dirigible de la marina *Zeppelin L. 2* procedía a las pruebas de recepción y se había elevado esta mañana (17 de octubre) para efectuar la prueba de altura, llevando a bordo veintiocho personas. Al cabo de tres minutos y cuando se hallaba a 200 metros, surgió una llamarada entre la envoltura y la barquilla de proa que contenía el motor. En dos o tres segundos el fuego se apoderó de todo el aerostato; de pronto, oyóse una explosión y el dirigible cayó, inclinándose lentamente su extremo a un lado hasta una altura de unos cuarenta metros. En aquel momento prodújose una segunda explosión, debida sin duda a la bencina, y al tocar el globo al suelo se

genieros y los soldados que habían aguantado el globo cuando se elevó, así como varios médicos. Dos soldados fueron retirados con vida, pero sucumbieron pocos instantes después; un teniente fué transportado, gravemente herido, al hospital; y las otras veinticinco personas que había a bordo del dirigible murieron durante la caída de éste o en el momento de chocar contra el suelo.»

Entre las víctimas de la catástrofe figuran el capitán Glund, representante de la sociedad Zeppelin, y los oficiales de la marina de guerra alemana Behnisch, Freyer, Trenk y Haunmann, que constituían la comisión receptora del dirigible.

El *Zeppelin L. 2* tenía 160 metros de largo y 16 metros de diámetro; llevaba cuatro barquillas y cuatro motores que desarrollaban una fuerza de 800 caballos e imprimían al dirigible una velocidad de 25 metros por segundo. El volumen de gas contenido

centro en la que podían caber cinco personas y que sostenía un cañón giratorio.

Su tripulación se componía de tres oficiales, cuatro timoneles y doce mecánicos.

El emperador Guillermo II, que se encontraba en



El príncipe heredero Guillermo de Alemania arrojando flores en la fosa en donde han sido enterradas las víctimas. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



Entierro de las 28 víctimas de la catástrofe del «Zeppelin L. 2»

Bonn, al enterarse de la catástrofe envió un telegrama que terminaba con el siguiente párrafo: «El duelo que sentiremos en presencia de lo sucedido suscitará, estoy de ello convencido, nuevos esfuerzos para desarrollar un arma tan importante como es el crucero aéreo, hasta hacer de él un instrumento de guerra con el cual pueda contarse.»

Los funerales de las víctimas se efectuaron el día 21 en la iglesia de la guarnición de Berlín y a ellos asistieron el emperador, la emperatriz, los príncipes imperiales, numerosas comisiones de la marina y del ejército y todos los agregados militares extranjeros. Terminado el oficio religioso se efectuó el entierro, que fué en alto grado imponente y que presidieron todos los príncipes imperiales, el conde Zeppelin y los altos dignatarios del Imperio. Los veintiocho ataúdes eran conducidos en sendas carrozas e iban cubiertos de flores, y a su paso, las tropas que cubrían la carrera presentaban armas.

En el cementerio, al ser enterrados los cadáveres, el príncipe heredero arrojó flores en la fosa, y una compañía de infantería y cuatro piezas de artillería dispararon las salvas de ordenanza.



Barcelona. - Los diputados provinciales de las cuatro provincias de Cataluña visitando el «Institut d'Estudis Catalans». (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

BARCELONA. - Los DIPUTADOS PROVINCIALES CATALANES EN EL «INSTITUT DE ESTUDIS CATALANS.»

Los diputados provinciales de Cataluña que asistieron a la asamblea en pro de la Mancomunidad visitaron el *Institut d'Estudis Catalans* que nuestra Diputación provincial patrocina y sostiene. Presididos por el Sr. Prat de la Riba, recorrieron las diversas e importantes dependencias de aquella entidad, se enteraron del funcionamiento de la misma merced a las explicaciones del Sr. Puig y Cadafalch; y admiraron en la biblioteca, entre otros curiosos ejemplares, las primeras cuartillas originales de *L'Atlántida*, de Verdaguer; la notable gramática de Perottus, primer libro impreso en Cataluña en 1468; el primero impreso en Barcelona en 1468 y los notables anuarios que publica el *Institut*.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LETANÍAS DEL CORAZÓN DE JESÚS, por *Carlos Salvat* (S. J.). Traducción de la 2.^a edición original por el P. *Francisco Salvador*, C. M. F. - El breve de Su Santidad Pío X que encabeza el libro y los encomios a éste tributados por la mayoría de los preladados franceses, constituyen la mejor alabanza de esta obra, que es no sólo un trabajo teológico macizo y profundo, digno de figurar entre los mejores estudios que del Sagrado Corazón se han hecho, sino también una obra de veras piadosa y apta como pocas para avivar la fe y el amor hacia Jesús. Por ambos motivos es utilísima en primer lugar para los predicadores y para el clero y comunidades religiosas en general. Un tomo de 478 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en tela inglesa.

CONFERENCIA PEDAGÓGICA, por *D. Federico Climent Ferrer*. - Folleto de 16 páginas impreso en Barcelona, en la imprenta de Mariano Galve, que contiene la notable conferencia pedagógica que el Sr. Climent dió en el Ateneo Barcelonés la noche del 5 de abril de este año sobre las obras del Dr. Marden y en especial la titulada *¡Siempre adelante!*

BREVIARI ROMÁNTICH, por *Jacinto M.^a Mustieles*. - Las poesías catalanas que en este libro ha reunido el joven e inspirado poeta valenciano y catalanista entusiasta Sr. Mustieles, tienen un perfume de sinceridad, de frescura, de sentimiento, que demuestra que brotaron espontáneamente del alma de su autor. No se notan en ellas artificios, ni conceptismos, ni imágenes rebuscadas; todo es sincero, mostrándonos el poeta tal como es y tal como siente. Y estas mismas sinceridad y espontaneidad se admiran en la forma; los versos fluyen con naturalidad y armonía encantadoras, sin que se adviertan en ellos violencias ni giros forzados. Un tomo de 150 páginas con algunas ilustraciones de Julio Antonio, K. Hito, Pertegás, Amorós y Carreras, impreso en Valencia en la imprenta de Antonio López y C.^a; precio, 3 pesetas.

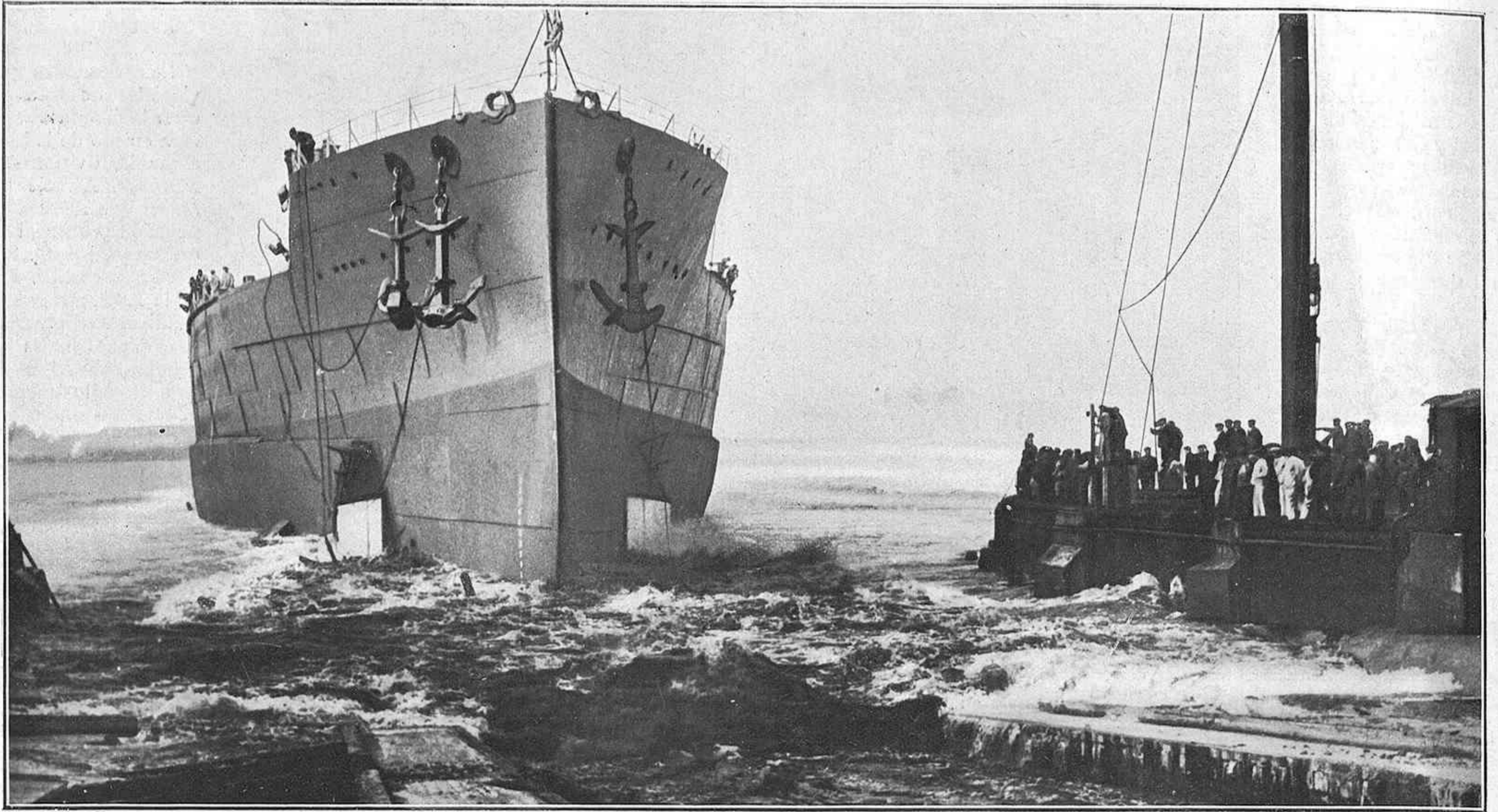
DERECHO INTERNACIONAL, CONSTITUCIONAL E HISTORIA. - Colección de notables trabajos de Francisco J. Urrutia, Archibald Cary Coolidge, Robustiano Vera, Marcial A. Martínez de Ferrari, Paul S. Reinsch, Rascoe Pound, Tito V. Lisoni, Ernesto Frías, Leonidas García, Alexandre Alvarez, Rafael Rocha Gutiérrez, Dr. Leo S. Rowe, Dr. Hiram Bingham, José Nicolás Matienzo, W. M. Sloane, José de la Riva Agüero, Aurelio Bascuñán Montes, Senén Alvarez de la Rivera M., Juan M. Garro, Luis Arce L., Hualcanga y Benedicto Octavio, presentados en la sección VII del Cuarto Congreso Científico (I.^o Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Estos trabajos han sido publicados bajo la dirección de D. Jorge Errazúriz Tagle, secretario de la sección y de la subcomisión organizadora respectiva, y forman un volumen (el XX de los trabajos del Congreso) de 794 páginas con algunos grabados, impreso en Santiago de Chile, en la imprenta, litografía y encuadernación «Barcelona».

EL CANTO PRIMAVERAL, por *Angel Sa'gado*. - Colección de poesías escritas en varios metros y en las que abundan las imágenes brillantes y los pensamientos elevados, y de algunos cortos artículos en prosa impregnados de sentimiento poético. Un folleto de 40 páginas impreso en León de Nicaragua, en la tipografía de «La Prensa».

Para el baño
Jabón
Heno de Pravia

A. Ehrmann.

EL PRIMER BUQUE DE GUERRA QUE EMPLEARÁ COMO COMBUSTIBLE EL PETRÓLEO



El superdreadnought inglés «Queen Elisabeth», recientemente lanzado al agua en Portsmouth. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Recientemente ha sido lanzado al agua en Portsmouth el nuevo superdreadnought de la marina inglesa *Queen Elisabeth*. Este buque, cuya longitud en la línea de flotación es de 650 pies, desplazará, una vez terminado, 27.000 toneladas y sus máquinas de turbinas desarrollarán una fuerza de 60.000 caballos, que imprimirá al barco una velocidad de 30 nudos por hora.

El armamento principal consistirá en ocho cañones de 38 centímetros montados en cuatro torres acorazadas. Estos cañones, cada uno de los cuales pesará 98 toneladas, dispararán proyectiles de 1.950 libras de peso.

Hasta ahora, los cañones más grandes de los acorazados ingleses eran de 13,5 pulgadas y lanzaban proyectiles de 1.400 libras.

El armamento secundario comprenderá diez y seis cañones de tiro rápido de 15 centímetros

y cuatro tubos lanza-torpedos que arrojarán torpedos de 53 centímetros a siete millas de distancia.

La principal característica del *Queen Elisabeth* es que empleará como combustible, en vez de carbón, petróleo; gracias a esto y a la consiguiente disminución del peso que la carga de carbón significaba, ha podido darse a este buque una velocidad igual a la de los cruceros de combate, conservándole la coraza y el armamento de los grandes acorazados.

El Almirantazgo inglés ha ordenado la construcción de otros dos superdreadnoughts del mismo tipo del *Queen Elisabeth*, así como de varias cisternas de petróleo, para aprovisionar a los buques de la misma clase que aquél.

Además llevará el *Queen Elisabeth* una coraza especial destinada a protegerlo contra los ataques de dirigibles y aeroplanos.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

NUEVO APÉNDICE

REDACTADO POR DISTINGUIDOS PROFESORES Y PUBLICISTAS ESPAÑOLES Y AMERICANOS

BAJO LA DIRECCIÓN DE PELAYO VIZUETE

Se ha publicado ya el tomo tercero y último de este notable apéndice, que, lo mismo que el I y el II, se vende encuadrado, con pago al contado ó á plazos mensuales, en casa de todos los corresponsales de los editores.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Descherelle, Littré, Salmá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadrado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVOË. DUSSER*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN